

**EL HOMBRE QUE SE
MIRA EN EL ESPEJO**

LIBRO PRIMERO

Los hallazgos prodigiosos

SUN BENJAMÍN

EL HOMBRE QUE SE MIRA EN EL ESPEJO

LIBRO PRIMERO

Los hallazgos prodigiosos

Sun Benjamín

Ciudad de México, 2019.

TEXTOS DEL REALISMO

DEL CANTO FLORIDO

Y POÉTICA ZEN

Historias breves de amor consciente

y sexualidad sagrada

SUN BENJAMÍN

Una noche de primavera del 2019, Anantli me leyó una de sus historias de vida en la que soy uno de sus personajes vivientes. Dicha historia estaba escrita en tonos y estructura similares a las que yo escribía en algunos de mis textos poéticos. Entonces me di cuenta que estábamos creando un estilo literario y le propuse que lo llamáramos: Realismo poético.

Ella, pensativa y sensible, me miró unos instantes y yo expliqué entonces el por qué de ese nombre: era un nombre que estaba, enteramente sustentado en nuestras experiencias de vida, no solo reales, sino verdaderas. Es decir: tomadas de nuestra vida real, pero con un sentido de verdad y trascendencia. Aspirando siempre a la luz de la consciencia.

Semanas más tarde, después de trabajar en la redacción del texto que aquí comparto con ustedes, corregí lo que le había propuesto antes y le propuse: “Mejor deberíamos nombrarlo: Realismo de la flor y el canto, honrando así a tus ancestros en línea directa de la nación mexicana; y a los míos –más lejanos aún– del mismo tronco cultural indígena de Tacubaya, donde nací, en la ciudad de México”.

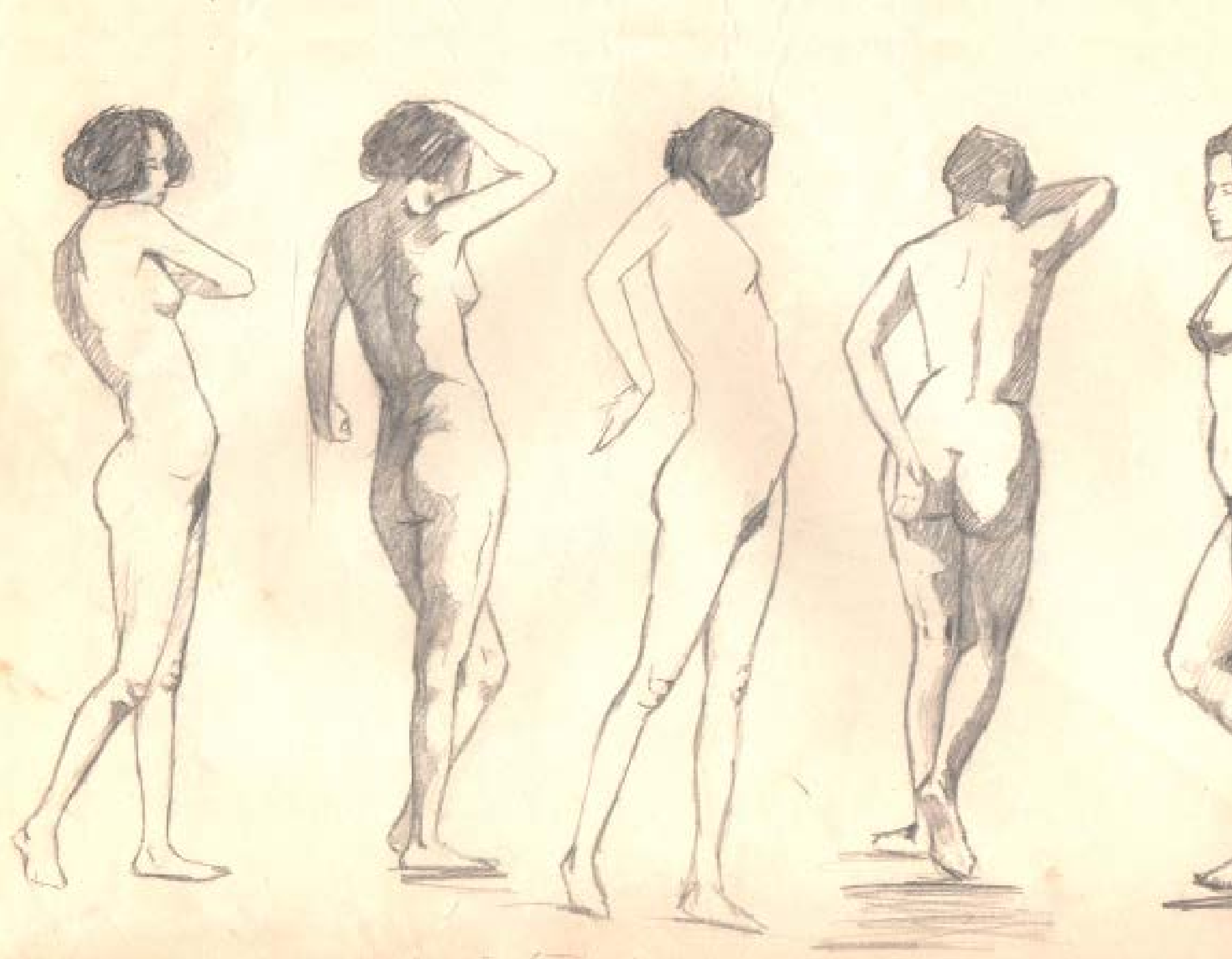
Le recordé entonces, cómo nuestros antiguos

habitantes del Valle de Anáhuac, Teotihuacan, la Grandiosa México Tenochtitlan y zonas alejadas, solían representar el habla de los personajes dibujados en sus códices o esculpidos en sus bajorrelieves, con una voluta saliendo de su boca, muy parecida a los globos de historieta en los comics modernos. Y que para representar a los poetas recitando sus versos, se representaba, la misma voluta, como una flor. Arte al que nombraron: *Flor y Canto: in Xochitl in Cuicatl*.

Además, como la nuestra, la poesía náhuatl es cosmogónica; Es decir: se ocupa de los temas esenciales y profundos que nos dan existencia y sentido como humanos. Y como los nuestros, dichos poemas son un diálogo de nuestros corazones con lo divino y con el mundo; con la vida misma y su esencia. Ella entonces me miró con su bellos y profundos ojos negros de asombro, y propuso algo mejor: “O también puede ser: “Realismo del canto florido”. Y así quedó desde entonces.

Por supuesto que lo que piensen los “especialistas”, “críticos” y “expertos”, nos tiene sin el menor cuidado. Estos textos no son para su disección y crítica, sino para tu disfrute y trascendencia.

Gracias.



1 NINFAS NÓRDICAS

Es un hombre en el otoño de sus días. Un hombre que se desnuda frente a su espejo cada día.

Enciende la luz y se contempla para reconocerse más allá de las imágenes, los ecos y los ensueños de su vida:

En el fondo del océano de sus experiencias, encuentra a ese niño que fue, de siete u ocho años de edad, contemplando, desnudo, y reverenciando a lo desconocido, en el vasto cielo abierto de la azotea de la casa de su abuela. Se contempla hurgando respuestas y sensaciones dentro de las enormes enciclopedias de su abuelo ausente, escondidas, como joyas rodeadas de misterio, en el closet de los vestigios prohibidos.

De allí rescata, entre espadas y medallas masonicas, botas para la selva, monturas para cabalgar, fuetes y una pistola: cientos de fotos y dibujos hechos a mano, que brotan como lluvia en imágenes fantásticas: su abuelo con revolucionarios zapatistas, indígenas y campesinos armados, rostros de personajes de la historia, cuerpos dulces de bocetos y decenas de caricaturas magistrales, en blanco negro o en colores.

Palpita su pecho, se inquieta su corazón, volando, como cuando ha contemplado el infinito cielo.

Entonces el hallazgo del día dentro de aquellas enciclopedias: soberbios grabados de visiones místicas y eróticas de seducción incomparable, que le hacen sentir un calor que acoge y armoniza.

Desentraña, este niño que se conmueve hasta por el brillo de las hojas y las gotas de rocío, imágenes perfectas de ninfas nórdicas.

Descienden de lo alto o surgen de lagos encantados. Son también un séquito de diosas, en otros grabados sublimes de un artista magistral: Gustave Doré, entre decenas de dibujos hechos por la misma mano de su abuelo. Todos estos accesos de belleza y armonía, le hablan la música del alma que este hombre conoce ahora, en ritmos de líneas, luces y sombras.

Una imagen de ellas es la de una adolescente, casi niña, desnuda, de senos pequeños como frutos suaves y dulces, apareciendo en el claro de un bosque encantado. Monta sobre un caballo blanco.

Su cabello largo, luminoso y lacio le cae hasta la cintura con su color radiante. Sus piernas pare-

cen pulidas en mármol y respiran como respira toda ella en un destello de melancolía y misterio.

En otra imagen, en otro acceso a esos mundos nuevos, otra joven surge de las entrañas de un místico lago, envuelta también en su desnudez, y empuñando una espada refulgente con el brazo victorioso levantado hacia lo alto.

Este niño siente el reflejo de la luz de luna clara de aquella piel blanca, y el color del atardecer en ese cabello anaranjado. Así es su primer encuentro con la armonía y la belleza insondable y misteriosa, del primer atisbo al amor y su encarnación en las mujeres que se entrelazaron a lo largo de su vida. Así fue el inicio de un aprendizaje tortuoso, liberador y gozoso: amar y ser amado.

Este niño hilvana, teje, provoca y desata desde entonces, con esas estampas de la eternidad y con sus dibujos, garabatos y colores que él mismo ensaya, sensaciones y experiencias con aromas y sabores, de melodías de diosas nórdicas y otras divinidades sexuales y amorosas. No sabe nada sobre el amor y la tragedia. No sabe nada del mundo y sus asechanzas, ni de su ignorancia infinita ni de sus miedos insondables.

También de niño, muy pequeño, se ha encontrado con el sublime tesoro de la belleza indígena, eternizada en las antiguas postales de su abuelo y las fotografías que les ha tomado a estas jóvenes, en sus viajes de justicia revolucionaria, repartiendo tierras: piel viva, ónix negro, rostros inmaculados y descubrimientos inusitados por las sierras y montañas de Oaxaca y Yucatán, y con ello, nada, algún día en su futuro, le será despreciable a este niño, en el reino del amor, el erotismo y la belleza femenina, expresándose en la naturaleza dadivosa o en la Madre Cósmica.

Después descubrirá a las diosas y devotas del amor del Medio Oriente por los relatos o los libros de su abuela. Los cuerpos lívidos, acuáticos, cuasi fantasmales, de sensuales muchachas chinas, resucitadas por sus poetas. Y en su adolescencia, lo estarán esperando, en sus sueños y suspiros, los cuerpos voluptuosos, místicos y eróticos, de yoguinis o sacerdotisas sexuales y sagradas de la India, en las esculturas de un sagrado templo y las emanaciones sublimes, como ondas expansivas, de su música incomparable.

Nada sabe. Aún no sabe nada. Solo queda embelesado contemplando, desnudo, desde la azotea de casa, el infinito cielo, bendito, estrellado,

queriendo fundirse con esa infinitud, queriendo saber cómo tanta belleza puede ser insondable.

Ahora el hombre inhala hondo, retiene el aire y libera sus recuerdos que lo colman, con el afán de saberse, reconocerse y liberarse del ensueño primigenio que maldice a todos los seres y del cual, él mismo es, entonces, su prisionero.

Mujeres de niebla dorada, cuerpos iridiscentes.

Mujeres míticas, almas lejanas.

No dejan de ser hoy:

Esencias puras,

fuentes de luz en la oscura madrugada.

2 EL PRIMER AMOR

Este hombre se desnuda de nuevo. No teme mostrarse como es ante sí mismo ni ante nadie. No se cree perfecto, aunque se sabe divino como todos los seres. Decide encender la luz de la sabiduría y la experiencia habida. Decide enfrentarse a sí mismo, contemplándose en el espejo de la memoria de su esencia verdadera.

Su primer encuentro con la ternura que el amor arrulla, encuentra eco en aquella fotografía antigua de una joven adolescente con vestido escolar oscuro y una corbata y pechera blanca al cuello. Está de pie y luce calcetas blancas. Sus ojos vivos, su expresión serena. Una hermosura legendaria la rodea.

Su madre lo despierta con melodías de ballet clásico cada mañana, y durante días y tardes lo lleva al escenario, donde ella misma se transforma en uno de los cisnes de la tragedia, que parece ser su vida entonces, representada, magistralmente, en el cuento de hadas compuesto por Chaikovski, un ser sensible, atormentado y de vida trágica.

Afuera, en el camellón frente a la casa de la

abuela donde vive, este niño contempla, con el aliento sostenido y los ojos desorbitados, a los hombres ebrios que salen de la cantina exclusiva de la esquina, para forcejear, patear y golpear a las mujeres que bebían y bailaban con ellos, en un vómito de insultos y denigraciones mutuas.

Desprecia desde entonces la violencia hacia estas flores, aves y respiros de vida y alegría, profundidad e inteligencia, como las que le rodean, las que lo cautivan con su presencia en un lienzo, en un dibujo, en un grabado o de las que ha leído sus vidas ejemplares: su abuela, las ninfas legendarias, aquella pintora comunista, feminista y revolucionaria mexicana, la primera mujer en surcar el espacio interestelar, la científica en física y química merecedora de dos premios Nobel o las señoras corazón de oro de los poblados que visita con su abuela, en las calles, en sus chozas y mercados.

Su madre baila y llora, impotente ante su soledad infinita. A ambos los une la misma tragedia: papá no está en casa ni volverá jamás.

Este niño la ve bailar y se sumerge, cobijado, abrazado y bien querido, por la calidez y ternura de la oscuridad y los silencios de aquel teatro.

Este niño vuelve a ver la fotografía y suspira por un amor eterno. Suspira acaso por caricias y ternura infinitas para dar y recibir en un caudal interminable de estrellas de todos los brillos e intensidades.

Mamá, ¿quién es ella, la de la fotografía?, pregunta el hombre cuando niño. Su madre le contesta, simplemente: Soy yo, de niña.

Su primer amor cercano: una bailarina trágica, una niña con uniforme escolar, de pie, posando, cándida e inocente: su madre misma.

Una desolada madre engañada por su propia madre; abandonada con sus cuatro hijos, a la que, en su corazón, este niño jura proteger y aliviar su tristeza por siempre. Jura rescatarla, como a todas las golpeadas y abusadas en el camellón de enfrente, del abismo donde se halla, cueste lo que cueste, sin sospechar aún, la maldición de su juramento y sus contradictorias consecuencias.

*Yo qué iba a saber que buscaría el abrazo
de mi madre en abrazos incontables
insaciable mi ímpetu, inquieta mi mirada,
sabiendo hoy que la Madre Cósmica y la Madre
Tierra me nutren, me protegen y me abrazan.*



3 LOS DEMONIOS Y LAS CARICIAS DEL ALMA

El hombre de la mañana se desnuda frente a su espejo y enciende la luz con un suspiro. Así se enfrenta a sí mismo para desentrañar ese misterio que es él mismo.

En el closet prohibido por su abuela, asesinado el abuelo por los odiosos enemigos de la Revolución Mexicana, este niño descubrió un día, forzando la cerradura, el majestuoso mundo de las verdades y fantasías de aquel hombre con el que se sueña, sin haberlo conocido, andando por los enjambres multicolor y perfumes embriagantes de la selva maya.

Allí, sus lecciones por correspondencia para ser ingeniero agrónomo, sus poemas de amor y cartas a la abuela, sus desnudos y paisajes al carbón, a lápiz, acuarela y tintas de colores, al lado de aquellas fotografías antiguas que lo muestran, jovencito, con su caballete, muy fino, muy señorito de la época y de la metrópolis, en la Academia de San Carlos, donde estudiara al lado de los grandes muralistas mexicanos.

Más al fondo, en otra caja prohibida, reposan

otras fotografías antiguas donde aparece rodeado de indios con calzón de manta, con sus machetes o rifles en las manos, y él, al centro, vestidito más señor de ciudad, con su pistola o montado en su caballo, con sus grandes botas y su sombrero de cazador, rodeado de mantas que dicen: Tierra y Libertad. Pero no alcanza a ver las imágenes de la infancia de su abuelo, admirado y respetuoso al ver entrar al jefe revolucionario, el Caudillo del sur, a la hacienda de su padre, don Jesús Ochoa, quien le daba abrigo y protección, escondiéndolo de “los pelones”, los soldados del gobierno al servicio de los ricos, que querían su cabeza y destruido su ideal.

Este niño sigue hurgando y desenterrando –cada día que logra burlar la vigilancia de su madre y de su abuela, y la intromisión de sus hermanos– las fotografías de las excavaciones mayas en las que participó su abuelo, al lado de sus secretos más recónditos: él al centro con otros hermanos, en una logia masónica de Oaxaca que él fundara: Tierra y Libertad.

Al fondo de los cofres, cajas y gabinetes encuentra: una medalla dorada con el compás y la escuadra cruzados y una espada larga de metal con el mismo símbolo en la empuñadura. Palpi-

taciones y emociones lo llevan a imaginar aventuras fantásticas en la selva del Mayab, donde se soñará con su abuelo caminando para descubrir un templo, un santuario maya enterrado en la vegetación extrema.

¿Cómo fue que murió el abuelo Enrique, abue?, preguntan los ojos muy abiertos de este niño en su inocencia. Lo envenenaron el día de su santo, en una comida que le ofrecieron. ¿Por qué?, insiste intrigado. Por repartir la tierra a los campesinos. Se cierra el telón de sus preguntas.

Luces estallan en el cielo: cohetes festivos cada noche de celebración, en un país que canta, mata, celebra y vuelve de la vida a la muerte y de la muerte a la fiesta. Extasiado contempla los murales de los pintores revolucionarios: José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, entre otros, en el majestuoso palacio de las Bellas Artes, cogido de la mano de su abuela. Caricias del alma.

Fantasmas de indios sacrificados por la odiosa invasión española, fantasmas de héroes revolucionarios traicionados; de familiares maldecidos o bendecidos, y finalmente, raptados en un huracán sordo y trágico. Caricias del alma. Este niño todo lo contempla, todo lo engulle su ser.

Su abuela lo apresura para ir a la escuela cada mañana. Su madre lo peina con esa goma pegajosa. Sale pulcro en su uniforme, a enfrentar el terror más abominable: la escuela religiosa.

Bajo las cobijas, juega con su primo y su hermano menor, a tocarse aquellas pistolitas que solo tienen los niños, y que les cuelgan debajo del ombligo, provocándoles temblores en el cuerpo, escalofríos de música alegre de pianola antigua y un gozo extraño.

Pero lo que realmente quiere este hombre, siendo niño, es saltar de lo más alto en la azotea; volar muy lejos y perderse en esos brillos infinitos que son las estrellas. Así que se conforma con imaginar que su cama vuela y lo lleva a tomar el camino largo que conduce a los bosques de La Marquesa. Caricias del alma.

Solo quiere perderse en sus senderos, saltar arroyos, atrapar ranitas verdes, culebras y alacranes en sus frascos de coleccionista de la naturaleza. Solo quiere dibujar el cielo y esas sensaciones del alma que tan fácilmente se le escapan y lo dejan con la tristeza más profunda del alma.

Cada noche que se escapa, desnudándose se entrega a contemplar el cielo eterno y ver en las

estrellas, desde la azotea, su única liberación de tanto miedo y tanta oscuridad que lo rodean. Las oraciones, los credos y el catecismo no le bastan. Los crucifijos, los curas y las monjas lo aterran con sus odiosas admoniciones plagadas de peste y culpa.

Su abuela lo lleva y trae por barrios y poblados cercanos y distantes, donde saluda a todo mundo y con todo mundo tiene amistades. Le habla cariñosamente, acaricia su alma. Este país brilla en los ojos encendidos de sus familias, cuando se juntan y celebran.

Viajan en tren y duermen en los compartimentos de lujo. Ella le cuenta historias fascinantes, cuentos de leyenda e historias de la Revolución. Así lo quiere, así lo aprecia y lo ama.

Ríe con él y ríe con su hermanita y sus hermanos; les sonríe, les da la bendición, los reprende o acaricia. ¿Por qué su bella madre, vestida de ballet y zapatillas, se siente ausente o abandonada en el rincón de la muñeca fea? ¿Por qué este hombre no se recuerda jugando con ella?

Su abuela les enseña la severidad del crucifijo y la vida tortuosa de los santos. Los alimenta con tamales de feria y atole por la mañana, con

tortas de chorizo y frijoles refritos o con huevos a la mexicana. ¡Le revela un México vivo que no muere y es abrazo de amor infinito! Así, también, las navidades son una celebración interminable de colores, juegos, travesuras y esperanzas.

En el club, sumergiéndose en la alberca desde el trampolín más alto, golpeando la pelota con su raqueta o en los baños de vapor; y caminando, danzando, brincando libremente por los pasillos de las canchas de tenis o en las calles corriendo detrás de un auto, este niño santo siente el amor de la vida y las caricias del alma de su familia. Siente a veces que hay un Dios y armonía.

En su cuarto, dibuja manos, torsos, jarrones y cielo imposible, con acuarelas o con los lápices de colores de su odiosa escuela. Y lee la vida de los santos de occidente, y los grandes hombres y mujeres del arte y de la ciencia, en unas historietas ilustradas o en una enciclopedia. ¿Es el amor toda esta parafernalia de sensaciones y emociones desatadas?

A la mañana siguiente, como cada mañana, pasará el camión por ellos para ir a la escuela y de nuevo, a este niño se le rompe la flor de jade que palpita en su pecho, derrotado y obligado a ir a las salas de tortura y al cadalso de los insultos y los abusos.

Denigración, acoso sexual de los profesores maristas e hipócritas del Colegio Amado Nervo en las calles de Bajío, y violencia verbal y física de los compañeros.

¿Habrán descubierto que solo soy un tonto dibujante?, se pregunta y llora, desolado en el patio de las cuatro o cinco escuelas primarias donde fue dictada su sentencia y expulsado, “por pasársela leyendo o dibujando”.

Nadie sabe aún –él también lo ignora– que su abuela fue la amante de su padre. Que su madre fue vendida, como pieza clave, en aquel arreglo entre sus abuelas, a cambio de, ella, su abuela, estar cerca de su padre y asegurarse un estatus, y la otra abuela: un futuro cierto para su hijo y para ella que creyó dignificarla. Seguramente un día su padre y su abuela discuten, se desencuentran y ella lo echa de casa. Su madre joven ni se entera de nada.

El hombre de mediodía se pregunta ahora: ¿El amor se quiebra, se descompone, se aparece y de pronto desaparece? ¿Qué es el amor? ¿Cuál es su furia disimulada?

Ahora lo sé:

En el mismo campo donde florece la hierba

hubo otrora una masacre.

Alzo el vuelo con mi mirada

y no desentierro más demonios.

Me quedo con las caricias del alma.

4 “CACHITO, CACHITO, CACHITO MÍO”

El hombre con el sol en la frente, enciende esa luz que tiene y se desnuda nuevamente. En el espejo afloran y resuenan sus vivencias.

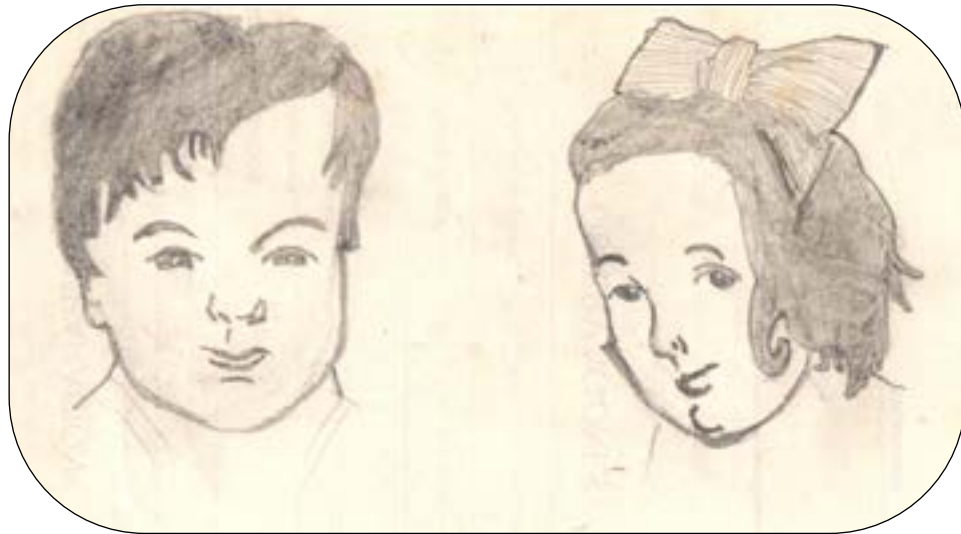
¡Sopla un viento tan lejano! Como el eco de paisajes ambientales, vibrantes y nostálgicos, en la bóveda de sus primeros años. Colores púrpura y magenta en un cielo anaranjado. Colores que dibuja intentando capturar lo eterno del instante.

Con esos, sus ojos de ayer, contempla a aquella niña de su edad por la que siente mismidad: delgada como la espiga, delgada como él en un soplo tenue.

Este niño respira un anhelo de volver a ser, con ella, lo que en el terreno infinito del tiempo primordial, tal vez ya fueron.

Cachito, Cachito, Cachito mío, pedazo de cielo que dios me dio..., dice la canción popular de aquella época, saboreando el nombre de cariño que le han dado sus padres.

Ese pequeño trozo de cielo hecho niña, lo cautiva. Su presencia lo bendice y purifica, mientras



afuera, las calles están pobladas de lobos y drones con cuchillas. Su presencia abre el cielo con una luz infinita.

Días antes de la fecha de su nacimiento, él le pide a su madre bailarina le enseñe a bailar su segundo vals preferido: la Bella Durmiente, de Chaikovski, el músico atormentado, para bailar con ella, el día de su fiesta cumpleaños.

El día esperado llega.

Cachito se presenta radiante y dispuesta.

La madre de él los acerca, los pone frente a frente y prepara la música escogida. Pero el mundo entero tiembla en sus piernas y él no sabe cómo detenerlo. Tampoco sabe por qué sus palpitaciones le intoxican la cabeza con monstruos y temores. Entonces se da la vuelta y corre, a meter su rostro en la almohada de su habitación, hundiéndolo en el mar de sus lágrimas.

Su madre, enfurecida, sube y le ordena: ¡No llore por una vieja! ¡Nunca llore por una mujer!, pero su naciente brillo no sabe de esas fortalezas y la noche se hace una con sus ojos adoloridos en un torrente de más lágrimas.

Este hombre se pregunta ahora: ¿Cómo fue

posible que aquel tornado en su interior, lo derrumbara en un suceso trágico?

Ya no se vieron más. Acaso una o dos veces más en algunas fiestas tradicionales y posadas de fin de año. Ella siguió siendo la misma encantadora gema, regalándole sonrisa y mirada tierna.

Su madre dijo, meses después, que un auto la mató o la dejó paralizada, al intentar cruzar la avenida principal frente a su casa. Alegría que se arrebatara. ¿De qué está hecho el sufrimiento?

La princesa de los cuentos de hadas no bailará con él, ni lo hará saberse el príncipe de la mañana. Y él llorará por ella, y llorará siempre por todas las diosas, princesas o flores arrebatadas.

¿Por qué tenía tanto miedo? No lo sé.

*Mi fragilidad contrastaba
con el poder del universo
que de noche contemplaba.*

*Y ahora que viajo más ligero,
mi corazón se enciende de nuevo.*

5 DEBAJO DE UN VESTIDO BLANCO CON FLORES DIMINUTAS

Desnudo, delante del espejo, este hombre del mediodía enciende la luz y se contempla. Es un niño en su Club de Diversiones (un cuarto abandonado en la casa de la abuela), donde pinta murales psicodélicos en las paredes, lee historias de santos, héroes, hombres y mujeres de ciencia y colecciona: insectos, batracios, flores y recuerdos.

Anhela, simplemente, ser un súper héroe para liberarse de quienes lo acosan y lo lastiman con sus palabras filosas. Añora ser un dibujante excelso y pintor como su abuelo. Leonardo da Vinci y el profeta Kukulcán, sus divinos maestros.

Ahora está coloreando, con pinturas de aceite, una de las dos imágenes gigantes de la pareja musical del momento: Lennon y McCartney, que ha pintado en el muro principal. Repentinamente se abre la puerta e irrumpe su prima envuelta en el enjambre de sonidos de su voz escandalosa, entre movimientos agitados de todo su cuerpo.

Salta de uno a otro lado dejando un huracán de flores a su paso.

Pregunta todo, coge todo, mira alrededor y, por fin, se sienta sobre la cama.

A sus nueve u once años de edad, brilla como la mañana.

Su cabello lacio balanceándose.

El hombre experimenta una pausa en el cielo de su infancia.

Siente entonces el calor de esta criatura de su edad, sentarse a su lado sobre la cama. Y bulle su pecho con una música desconocida cuando ella habla.

Esa música, ese tono femenino que, desde entonces, lo embriaga.

El hombre, entonces niño, está aturdido, embelesado. Suspendido el aliento, palpitando como si galopara queriendo ir más alto.

Es ella envolviéndolo con un aliento a beso que se desea, incomparable.

Lo mira. Inhala y sonrío tenuemente y entonces, maliciosa y dulcemente se levanta el vestido blanco de flores diminutas, y deja al descubierto el más cautivante tesoro del que este hombre tenga memoria en su infancia.

Verá su corazón en este espejo, y se verá de nuevo niño, contemplando, absorto, anonadado, aquel tesoro claro, suave y delicado en la textura de esas piernas inmaculadas, tersas.

Una sensación que es un respiro inconcluso, indefinido y suspendido, como un ícono romántico, lo someten por asalto.

Cautivo por aquella visión de belleza y sensación incomparable, lo sostienen en un éxtasis beatífico, estupefacto. Ella se baja el vestido blanco y salta de la cama para salir del Club de Diverciones, dejándolo, pasmado, sin aliento, en un salto que se congela a medio salto y nunca alcanza –como el río– su desembocadura en el centenario mar de los encuentros.

¿Qué sostiene y hace manifiesta la ilusión, la fantasía?

Él se queda inmóvil, su corazón latiendo intenso. Ella desaparece a través de la ventana, como la ráfaga de un huracán que vino, envuelta en la nube de sus movimientos y palabras. Él sabrá entonces lo que es cercano a la gloria, lo que, por contemplarse, purifica, alegra el corazón y fortalece su ánimo. ¿Sabrá también lo poco, que dicho éxtasis beatífico dura?

Inocente e implacable es la pasión.

¡No vuelvo a caer en su ensueño!

Prefiero sumergirme en el vacío de este momento.

6 TODAS ESAS NIÑAS

El hombre que mira con los ojos de su corazón en el espejo de su esencia, enciende la luz de la consciencia y la memoria, nuevamente. Se desnuda y en su recuerdo surgen alimañas:

En la escuela primaria Amado Nervo de los sacerdotes maristas, el maestro Fletes le rompe el alma. Le ordena bajarse los pantalones delante de la clase para golpearlo con su cinturón, delante de sus compañeros de clase, por haberse atrevido a copiar una de las figuras griegas que dibujó su abuelo.

Este niño, entonces, siente que todo ha muerto. La belleza se ha pervertido violentamente, convirtiéndose en algo feo e innoble.

Otro maestro les toca los genitales, a él y a sus compañeros de clase, o los golpean en la cabeza con el puño cerrado y a cintarazos, ante la burla de la clase. El maestro Palomar, otro buitro, los golpea en la cabeza con su anillo grande, de metal.

Cojeando, desvalido y como si flotara en una pesadilla sin tiempo, vuelve a su refugio de animalillos disecados, plantas, dibujos, pinturas y fotografías revolucionarias de su abuelo y observa,

desde la ventana, dos destellos que se cruzan en el patio de casa.

Uno, es una niña de figura delgada y cabello largo y negro como lluvia de flores diminutas, enmarcando su hermoso rostro moreno.

Él respira ansioso al verla, y suspira pero no le dice nada. La otra, es un destello alborotado de lucecitas de colores en su cuerpo de niña, acercándose y desapareciendo como en un acto de magia. Son las amigas de su hermana.

Él sabe, siente lo que quiere: acercarse a ellas, conocer sus misterios. ¿Acercarse y escucharlas? ¿Acercarse y sólo contemplarlas?

Pero huye mejor hacia su refugio: una nave espacial rudimentaria, que ha construido, en un costado del patio de la casa de la abuela, con dos cajas industriales de madera abandonadas, donde se imagina volar lejos, muy lejos de aquella denigración violenta, y de todo lo que lo atormenta.

Le aterra estar tan cerca de ellas pero es lo que más desea. Le aterra y le embelesa al mismo tiempo. Lluvia de estrellas.

Los aromas putrefactos del catecismo sabati-

no saltan a su alrededor, y entonces le escribe, a esta segunda niña, una carta, acusándola de superficial y casquivana. Luego se arrepiente.

Años después se lo dirá y le pedirá disculpas, pero ya no es lo mismo. Nada queda en ese firmamento, del tiempo y el espacio, de los destellos dichosos que respiraron en el aire del pasado.

Un día un fuego interno le quema entre las piernas. Palpitaciones en aquel órgano inocente que de pronto se endurece y crece. Este niño no entiende nada. No sabe qué hacer con ello. Un ciego impulso que no le pertenece, lo obliga a introducir aquel pedazo de carne en llamas, esa varita gozosa que lo somete, en un boquete, en una brecha vegetal carnosa y suave. No sabe si morirá por ello o solo está enfermo de algo que no comprende. Nadie le explica nada. Aquí nace y estalla un laberinto de pólvora, encendiendo pistas, recintos y hondonadas, en una hilera de reacciones en cadena, de causas deleitables y consecuencias inimaginables.

Se mueve como insecto que quiere apagarse un fuego que lo quema. Menea sus caderas sobre el piso de madera. Entonces un torrente acuoso, por la frotación angustiosa de sus movimientos, se derrama. Aquel líquido viscoso acompaña un

estallido soberano, y queda la simiente en sus manos. Este niño cree que está sangrando, enfermo o muere de placer y confusión. Sonríe entonces, palpitando y extrañado.

Este hombre permanece silencioso e inmutable, frente a su espejo. No hay luto ni demanda esta vez. Su desnudez lo reconforta.

Él sabe ahora, que se desvanecieron todas esas niñas en los cantos de madrugada, que en su ser profundo viven dos impulsos: el que quiere y el que se aterra. El que afirma y el que niega, conviviendo juntos como dos siameses que se detestan.

¿Por qué el niño tiene tanto miedo a esas criaturas niñas celestiales; misteriosas, coloridas y terribles? ¿Por qué quiere estar con ellas y complacerlas?

¿Será que siente o piensa que se rompen fácilmente, con solo la mirada distorsionada o que dulcemente lo hipnotizan y lo pierden, embelesado en un aroma de la mañana? Su lengua anudada no puede decirles nada. Siente todo y no puede articular verso o palabra, a los doce años de respirar flores y alboradas.

Allí está, dentro de un cajón de su habitación,

la hoja abandonada de esta ilustración que había copiado del original de su abuelo. *Phriné*. Allí muere su arte, sus dibujos, su alma.



Es Maya, la ilusión.

Vino ayer cuando era tierno.

Insiste ahora que soy viejo.

Es Maya, la ilusión.

No sabe que ya no me gustan:

sus luces artificiales

ni su vestido nuevo de compra venta.

7 EL TÚNEL DE LUZ EN EL ARROYO ENCANTADO

El hombre del espejo se desnuda de nuevo, frente a la luz que refleja, desde adentro.

A veces la maldición escolar se interrumpe. Llegan las vacaciones como lluvia dorada del cielo. Este hombre siendo niño, trepa al autobús con sus hermanos y la mano santa de su abuela que los lleva. El camino a la playa se llena de chirridos de insectos, zumbido de aves y cantos de espacios sin abusos ni desprecios de los maestros. Experimentar esa libertad es un alivio.

Una aventura de impredecibles sorpresas les espera. Llegan a la casa de la tía Chofi, cerca del malecón. En ese apartamento oscuro y húmedo no hay fantasmas ni monstruos. Afuera, el aire sabe a sal. El soplo del mar penetra los muros y ventanas y cucarachas enormes pasan volando o arrastrándose por su casa, sin parecer importarle a ella.

Sus maletas se apilan en una habitación. No hay tiempo que perder, piensa este niño. Y sus hermanos repiten: No hay tiempo que perder para ir a la playa.



Su abuela se instala en el reino de la cocina con la tía Chofi. Y desde allí, sentadas sobre unas alas de ganso gigantescas, se pierden en lo más alto del cielo, habla que habla y sonrientes.

Él se avienta clavados sobre la cresta de las olas y sus hermanos le lanzan terrones de arena o trozos de agua que recogen, al vuelo, con sus manos juntas. Sus risas estallan sobre la espuma y el griterío que arman es como enjambres elevándose al azul purísimo del cielo. Pasa las horas sorteando “aguas malas” y cangrejos; recoge conchas y estrellas marinas para meterlas en su “estuche de investigaciones científicas”. Vuelven a reír por todo y por nada. Mete los pies en la arena y salta sobre las pequeñas olas desvanecidas. Al bucear en ese templo del silencio bajo la superficie, se pregunta: ¿No es también, un poco, como contemplar el cielo infinito de estrellas?, y patalea y abre y cierra los brazos en el fondo. ¡Ah! Un suspiro de alivio al recuperar el aire perdido, muy lejos de la maldita escuela.

Ahora menea las piernas mientras toma un coco con su agua, sentado bajo un techo de palmas. Tiene el rostro rojizo igual que sus hermanos.

Por la tarde regresan a casa de la tía Chofi, quien ya ha aterrizado, con la abuela, en la cocina,

para seguir charlando un poco menos, mientras baten unos frijoles refritos con huevo y chorizo.

Allí está él: semidesnudo, con su traje de baño para ir a la playa, vulnerable a la noche y al cielo, resguardado de los monstruos citadinos y los de la oscuridad, que a veces quieren comerles las patas o engullirlo entero. Y en ese cerco de luz que han creado su tía y su abuela, una luz cegadora entra por una puerta como si nada. Es ella: reina de piel de ébano reluciente, ojos que destellan y figura perfecta: su prima Becky.

Él soñará con ella esa noche y de día querrá tomarla de la mano y darle un beso en la mejilla, sonriendo ambos. Pero el mar le susurra voces eternas. Y más aún el paisaje que lo envuelve, al viajar, esa misma tarde, al rancho de los tíos y su prima.

Sobre la carretera se ha sumergido en una pintura de tonos naranja, violeta, rojo intenso y luz amarilla, pintada por uno de los grandes maestros.

Llegan al rancho y cenan los frutos y deleites de la tradición de esas tierras. Pero a la mañana siguiente él no puede contenerse más, así que abandona la casa grande, pantalones cortos, bo-

tines de explorador, cinturón bien ceñido y su cuchillo enfundado a un lado, para buscar el vello púbico de la selva.

Por fin un sendero lo lleva a una arroyo seco.

Avanza furtivo sumergiéndose en un túnel de brillos dorados y hojas color esmeralda colgando del techo. Su pecho palpita, le dice: “¡Avanza! ¡Avanza!” y no se detiene. En vez de caminar, corre ligero, como si quisiera alcanzar lo más sagrado, como si se le escapara el amor venerado. Firme, fuerte, con brío poderoso se desliza flotando dentro de ese nervio secreto de la tierra. Su rostro suda, suda su pecho, la espalda al descubierto y las piernas. En el abrazo de la humedad cálida y las voces de miles de insectos recupera el amor perdido, el amor dolido, el amor de niño que parecía haber muerto en la escuela. Todo allí es hoy, es eternidad ahora, es silencio de la mente, brío del cuerpo que, relajado, se transforma en el agua de ese arroyo, en el viento que la acaricia y la ama.

Ella me cuida, me protege, me arrulla.

Sus cantos de insectos y aves,

sus murmullos de agua y viento

me devuelven la dicha que me arrebataron

los apóstoles del miedo.

8 EL SABOR DE UNA TRAICIÓN

Es el hombre desnudo de todos los días, sentándose frente a ese entrañable y, muchas veces, lacerante espejo.

Es ese hombre encendiendo su luz que no es otra que la consciencia, mirando de nuevo el firmamento de ayer, desnudo ante la verdad que respira en su alma.

Un día, siendo niño, en el patio de su escuela, en su salón y en sus sueños, se mira en las pupilas encendidas de los ojos donde vive aquella niña, que es quien lo encanta y lo embriaga.

Su compañera de clase encarna un fascinante y desconocido sueño. El sueño de los amores primeros.

Él la evoca con aromas, texturas y colores vivos. Recuerda los escondites debajo de las escaleras de los salones de su escuela y los pasillos donde intentaron y practicaron su primer beso.

Primer aliento santificado que intenta acercarse al cielo revelado.

A la una, a las dos y a las..., cuenta su hermano menor, custodio y cómplice. ¡Y estos amo-

rosos primerizos no se atreven a tocarse con los labios!

Su hermano menor se desespera de cuidar que no los vea la prefecta maléfica o los maestros empalizados. Pero un nuevo intento en aquel salón abandonado, será el exorcismo perfecto para que la maldición del beso prohibido de estos recién nacidos al amor, se vaya desmembrando.

Cada vez, de nuevo, cerrar los ojos, escondidos de los murciélagos adultos, contando: uno, dos y... ya merito, ahora en aquel salón abandonado en el primer piso de la escuela.

Ella le acerca sus pechos al suyo, que son como duraznos míticos y mínimos perfectos. De pronto: las constelaciones en el firmamento, los planetas en el cielo y las leyes de la naturaleza lo acomodan todo, para que él pruebe un poco la saliva de ella, en sus labios que acarician los de ella.

Él reacciona cerrando más fuerte los ojos y la saliva de ella no le gusta, pero sí la suavidad de sus labios, su aliento sobre su nariz metiéndosele en su inhalación de estrellas y su rostro acariciando su mejilla en el calor de su cuerpo que es el sol irradiando una caricia.

Su hermano menor aún vigila; ya no se des-

pera y sonríe cuando, por fin, han juntado sus cuerpos, juntado sus labios y ahora se separan, súbitamente. De largo pasan los cazadores-profesores sin darse cuenta, del resplandor y el calor que brotaron de ese suceso.

Este hombre, siendo niño, pinta un gesto, sonríe y dolor primario. Recuerda cuando ella le pide, cada día, una moneda prestada. Recuerda un día haber intentado defenderla, en la zona arqueológica de Cuicuilco durante un paseo escolar, y haber recibido una cachetada y un insulto, de un rufián de su salón más plebe. Recuerda una infancia de cohetes espaciales y cavernas ignotas, en medio de una infamia, posiblemente verdadera, cuando le dicen que ella vende besos y caricias por monedas. Dicen que por un billete de a cinco se dejó hacer eso, llega el látigo de un susurro ajeno a quebrarle sus oídos de cristal muy delgado.

Él respira hondo y llora su alma de nuevo. ¿Qué substancias del amor se han contaminado con esa cuchillada desde entonces?

Una tarde lee las historias de un monje tibetano, quien logra volar, sin abandonar su cuerpo. Y pensando en esa posibilidad magnífica, roba un librito de yoga para iniciarse en esas prácticas

y que le den la fuerza suficiente para enfrentar a quienes lo acosan en la escuela. Pero, sobre todo, quiere seguirse entrenando para que esas prácticas le permitan, también, volar muy lejos con su mente, liberándose así, del sufrimiento incomprensible, que le cae sobre la espalda como fiera de la selva.

Afuera hace frío. Hay otras miradas que lo juzgan en la fiesta de fin de año. Ella no aparece.

Adentro hace frío también, este niño se siente abandonado. El círculo polar ártico parece crecer desde su pecho. ¿Por qué ella hizo eso?, se preguntará por años. El amor verdadero ¿se compra o se vende?

Su tristeza, su sufrimiento comienza a crecer y a cubrir, con su escarcha, sus alas tan largas.

No hay reclamo. No hay culpables.

Solo queda el vaho perfumado

de tu cuerpo palpitante.

9 OTRAS NIÑAS Y UN DIBUJO

El hombre de todos los tiempos reafirma su ritual de cada día, mientras el sol se mete en las entrañas del horizonte, desde el atrio de su vida. Él se desnuda frente a su espejo y de nuevo enciende su luz, esa, incomparable.

Una noche gloriosa en la que escucha los estallidos eléctricos de una guitarra, a tientas, en la semioscuridad que deja la luna radiante, quiere alcanzar un cuaderno y una pluma sobre su mesa, abalanzándose sobre ellas.

La sensación que siente, la urgencia, el imperio que lo empuja misteriosamente desde lo más hondo de su ser, es exactamente como aquel fuego interno que le quemó entre las piernas. Las mismas palpitaciones, ahora en su pecho. Tampoco entiende nada. No sabe por qué lo hace pero sabe qué hacer. Un luminoso impulso que le viene de los más profundo y lo más alto, lo obliga a coger aquella pluma y ese cuaderno, para escribir, garabateando, lo que siente y piensa en cuerpo y alma, latiéndole un amor eterno en el pecho.

Aquí también le nace y estalla un sol radiante encendiendo pistas, recintos y hondonadas, en una



hilera de reacciones en cadena, de causas delectables y consecuencias inimaginables.

Escribe gozosa y desesperadamente. Se mueve torpe y cauteloso queriendo liberar un fuego, una melodía grandiosa que lo enciende. Menea su mano sobre el cuaderno. Entonces, un torrente de luz, por lo que escribe y siente, estalla la simiente de sus versos en la noche de aquel día, para: sembrar, volcar, parir y dejar fluir un séquito de voces poéticas en letras, desde lo más profundo de su ánima. ¡El mismo impulso que tuvo acaso, cuando las grandes compuertas del templo de su sexualidad primera se abrieron, hacía tan solo unos días, por vez primera, en su vida nueva!

Este será, por siempre, su primer recorrido eterno hacia la luz de la poesía del espíritu verdadero. También sonrío palpitando y extrañado mientras deja el cuaderno y la pluma yacer sobre la mesa para volver a su cama y cerrar los ojos en un sueño reconfortante.

A la mañana siguiente inhala muy hondo y lento mientras contempla en el cuaderno donde volcó sus primeros versos, el recuerdo de todos esos rostros de otras niñas de su edad que tanto le intrigaban, siendo él mismo, niño, y lo que escribió para una de ellas. ¿Ficticia? ¿Desconocida?

¿Premonición de su amor eterno que ha añorado desde tiempo sin memoria?

Sus voces, giros, risas y miradas maliciosas que suben, bajan y estallan en colores. Sus voces altisonantes, finas, cuchicheando, escondiendo y dejando escapar risas como petardos o cascadas de ríos y viento aromático de lavanda y rosas.

Desde su pecho, adentro, siente un impulso irrefrenable por estar con ellas, y les consigue anillos de juguete, pulseras de plástico y otros regalos que roba a su hermana, para complacerlas.

Una de ellas alza su cuello fino y largo. Su tez morena, ojos perfectos negros y la cabellera oscura. Es hermana de su amigo del Club de Exploradores. Ella abre un tajo de sonrisa delicado, con el filo de un cuchillo de luz, exacto. Él dibuja su rostro en aquel cuaderno azul de adolescencia. Y escribe su nombre, rogando, en vano, volver a verla.

¿Por qué siempre intenta alcanzarlas, y a medida que pone el mundo entero ante sus pies, se alejan? ¿Es acaso tan tonto, tan feo, tan sucio y raro como siente ser?

Se ejercita diariamente, presiona sus límites: corriendo, saltando, aventurándose sobre: bardas,

árboles y escalinatas peligrosas. Decide entonces, que algún día será astronauta para volar muy lejos, hacia esas luces estelares que contempla, y dejar así el sufrimiento y las pesadillas de su escuela, la violencia de las calles de su barrio y los pozos y caídas sin fondo de sus sueños. Por eso se entrena diariamente.

Lejos se pierden las voces de las aves que pico-tean el cielo moribundo. Por los orificios infinitos que le han hecho a sus entrañas, se cuele ese torrente de ensueños y presagios que es la noche.

*Con trazos finos quise detener
y eternizar lo que sentía.*

*Sin darme cuenta que fluye el río
bajo mis pies alados, cada día.*

10 JUANCHO Y LA OSCURIDAD

El hombre enciende su luz y pide más luz al universo. ¡Tanta oscuridad ha visto desde niño! que se desnuda frente a su espejo para disiparla.

Es una cueva de oscuridad, olores fétidos y hacinamiento. Es un calabozo del destino donde viven, en el cuartucho de azotea de la casa grande de su abuela: Kilo, la sirvienta de casa, con su hija joven, el hermano incómodo de esta: holgazán, tramposo, sobreviviente en pasos de ladrones, otro hijo de Kilo, al que este niño, que será aquel hombre mirándose al espejo, y sus hermanos, han apodado: Chango Luis por su aspecto simiesco y por su nombre: José Luis, y el hijo pequeño de aquella joven madre soltera, abandonada.

Es un hervidero, un ardor insoportable el que este hombre, entonces niño siente entre sus piernas. Nadie le explica nada, no se atreve a preguntar por miedo al rechazo, al castigo, al infierno. No sabe qué le pasa. Si está enfermo, si morirá pronto al desaguar ese líquido viscoso de su tierna lombriz que se endurece y grita, en desesperación, sus ansias de frotarse, ceñida fuerte y dulcemente por un anillo de cualquier materia amable y blanda. Y es por eso que, sin saber por qué ni



cómo ni cuándo exactamente, un día intercepta al niño que vive en aquella cueva y con juegos de palabras engañosos, desentierra, toca y goza de su diminuta lombriz, más pequeña que la de él, para jugar con ella y luego pedirle que ahora le toque la suya, y así le arranque ese extraño gozo subliminal que no comprende ni que puede frenar.

Así lo hará una y otra vez.

El niño no dice nada. No ha sido amenazado ni comprado con nada. No recibe regalos ni favores de este adolescente en llamas. Sencillamente no dice nada porque ese juego que juegan, pertenece a ambos y es un secreto por el que los matarían juntos en una hoguera.

Este hombre siendo aquel niño adolescente, sofisticada su astucia y espera las tardes de todos los días con una emoción y excitación orquestales, para esconderse ahora en el closet de su recámara y allí, entre zapatos, trebejos y ropa colgada, se descubre el bajo vientre, le palpitan cien mil emociones liberadoras que cosquillean y se expanden, para pedirle al niño que lo toque, que lo frote, de nuevo, que lo agite hasta un final que nunca llega.

Sus sueños son pluviosos con imágenes de niñas hermosas de cabellos largos, sus deseos son por ellas y por sus cuerpos impensables e inalcanzables.

En el baño de la escuela, uno de sus compañeros le ha pedido que lleve sus labios y su boca abierta, su lengua y sus humedades a su pequeña lombriz que ha crecido vertical, fuera de sus pantalones y trusas caídas con las piernas al descubierto. Él lo ha hecho así pero el aroma y el sabor no le han gustado.

Así que vuelve a su Club y escribe de los montículos pectorales de las amigas de su hermana que le cautivan, de sus piernas largas y sus miradas que lo pierden.

Nico, un rufiancillo de su escuela a quien sus padres le dan dinero de sobra y lo privan de su afecto, lleva aquellas revistas donde aparecen mujeres adultas de senos y nalgas voluptuosas.

Astutamente las alquila para que las vean todos. Son cincuenta centavos y este hombre, siendo aquel niño perdido, las compra. Serán su compañía y cómplices, de frotaciones furtivas y furiosas, de placer inconfesable. Y más tarde, serán íconos en las paredes psicodélicas de su Club privado.

Juancho es el nombre que le ha dado a aquel niño que lo espera, ya aburrido, ya desorientado, para, mecánicamente, hacer algo que no comprende.

Chango Luis ha querido hacer lo mismo con éste hombre siendo niño y con su hermana, desenvainando una anaconda de entre sus piernas: dura, asombrosa y extraña. Ellos la tocan y es tan grande que se asustan y ríen, nerviosamente, antes de que los llamen a comer y de que Chango Luis se cierre la bragueta y se suba los pantalones, para correr a esconderse en su calabozo oscuro.

Ahora el hombre adolescente de entonces, sube a la azotea, desnudo completamente, enfundado en un abrigo negro enorme de su abuela, para llevar al niño a un rincón, donde vuelva a repetir ese ritual ansiado de la carne que hierve intolerable.

En su Cuaderno Azul, donde ha empezado a descifrarse a sí mismo, en dibujos y melodías con letras, añora a esas niñas y sus cuerpos. Pero no deja de ver a este niño santo que con sus manos, aburrido, hastiado y ajeno a sí mismo, acaricia sus ensueños provocándole el mismo cielo.

Pero las telarañas en su mente, sembradas por el catecismo odioso y por su abuela, lo llevan al martirio de la culpa. Entonces se arrepiente y trata de zafarse de lo que siente y quiere pero no lo logra deshacerse. Vuelve al niño silencioso, dócil, inconsciente, para manipularlo amablemente. Hasta que un día, por fin, en uno de sus textos de poesía rabiosa, se libera gritando: “¡No más! ¡Ni una vez más!”, como le ha repetido antes, decenas de veces a este niño santo, explicándole, rogándole que no lo busque ya.

Entonces hay toda una tragedia y un ritual poético que la culmina: dos ángeles que luchan cuerpo a cuerpo, y el que lo libera, vence.

Días después, vencedor y vencido, entra al templo donde los crucifijos y la sangre, la oscuridad y las culpas hieden.

Su corazón sincero, arrepentido y amoroso, cree en la expiación de los pecados.

Se arrodilla en el confesionario, y después de la señal de la cruz y confesar que ha pecado, el hombre de sotana, del otro lado del averno, lo condena al infierno a sus doce años de edad.

La oscuridad lo cubre por completo.

No verá más a Juancho, niño bendito, santo y obediente. No volverá a jugar con niños sino con imágenes de niñas imposibles y fragantes, con sus dibujos y palabras musicales y se reconstruirá, pedazo a pedazo, una tarde en un ritual de rock furioso, abominable, extravagante, en las ruinas de la misma casa abandonada, algunos años más adelante.

En el cielo del invierno de su despertar, solo lo que escribe tiene sentido para su ser profundo. Solo lo que siente profundamente se desbarata y se acomoda y allí se queda, escrito, para siempre.

*Escondido en la oscuridad precaria
de mis primeros años.*

Tanteando el fuego, jugando con el caos.

*Nadie, en ese tiempo,
encendió una luz verdadera
para dispersar la niebla.*

11 LA BEATÍFICA RADIANCIA DE SUS SENOS

Este hombre se desnuda ante la luz de su espejo interno.

Es muy joven, ha cumplido los quince años de edad, y por fin, su madre le concede el regalo que le ha pedido, cada año, desde que tenía siete años de edad: asistir a clases de yoga (¡Para volar muy lejos! ¡Para escapar de sus fantasmas y del sufrimiento!).

Busca en el directorio y encuentra el mismo sello en tres locaciones distintas: todo parece una conspiración sagrada.

Así que, una madrugada, principio de mes y seis días antes de su cumpleaños, sube al autobús a las cinco treinta de la mañana. Este niño de solo quince años de edad, carga un maletín con una sábana, sandalias, jabón y ropa blanca, y toca a la puerta de aquel caserón en la avenida principal de la ciudad.

El viento frío de la mañana, acaricia su cuerpo frágil y delgado. Toca en un portón de madera blanca de una casona vieja y el portón se abre como por arte de magia.



Allí, en ese instante, en ese lugar preciso de su historia, la esencia en la presencia más significativa de su vida entera se revela. Es el brillo resplandeciente más hermoso delante de sus ojos.

En la parte alta de las escaleras de aquel instituto de yoga, disipando las tinieblas de su corazón, disipando la oscuridad que lo rodean, dicha luz encarnada en el cuerpo pequeño de un anciano venerable, de barbas y cabellos largos y blancos, como la pureza de aquella luz infinita y verdadera, lo recibe. Lo saluda como si lo hubiese estado esperando desde siempre, lo hace pasar y se retira, metido en su bata de seda, color esmeralda.

Este hombre, siendo un adolescente entonces, aún no sabe la trascendencia de aquel encuentro, con la luz verdadera en carne y hueso.

En esa efervescencia de los años setenta, otros chicos y chicas como él buscan también la misma paz y conocerse a sí mismos, entre el barullo de las masas que se regodean con el fútbol, las luces artificiales y las cervezas.

Para muchos y muchas de estos jóvenes, escogidos por otra luz distinta, sus casas son desiertos. Callejones sin salida, puentes que se

desmoronan o están en llamas. Nadie puede o nadie quiere salvarlos de la caída inminente al precipicio de aceradas rocas.

Reniegan de sus padres, se sacuden el polvo de las guerras de occidente, vomitan la moral hipócrita de la religión impuesta por los brutales invasores y quieren encontrar su lugar justo en esta tierra.

Al instituto de yoga llegan quienes serán, solo por un tiempo, sus hermanos del espíritu: Pancho y Lalo (los paladines del rock urbano de la Nueva Era); el siniestro O. Capernaum, su hermano Adán Antonio, quien le rogó llevarlo a conocer a su Maestro, (después de una ruptura amorosa con borrachera) y muchos otros.

También llegan ellas: las flores por las que suspiran ellos, las flores perdidas que buscan hallar su camino de regreso a casa: las hermanas: Rosalía y Judith, Lucía, Alejandra y otras más.

Entre ellas se encuentra esta flor vegetal, muy fina, de cuerpo delgado, deleitable y armónico, de cabello lacio largo y ojos rasgados como sus ancestros provenientes de la China.

Desparpajada, lanza risotadas y sus emociones suben y bajan cuando estallan a los cuatro vientos.

Cuando habla, canta a gritos y colores. Pero su historia tiene un sabor de la tragedia que no la dejó en paz por muchos años:

Su madre embarazada, en una discusión airada en la vecindad donde vivió de niña, recibió insultos y un puntapié que la mató, a ella y a su criatura que guardaba en su vientre.

Esta joven practicante de yoga presenció aquella discusión y la muerte de su madre de manera despiadada.

Por eso ahora llora estrellas, vomita nubes, gotas de rocío y gotas de vinagre, sin que nadie sepa nada.

Él se acerca a ella, le gusta su locura y sus sonidos, le gustan esos colores que desata y le lee algunos de sus escritos breves, para regalarse a ella, para salvarla.

La consuela de su tragedia pasada, le habla dulcemente, rien, la abraza.

Y un día de festejos en sus andares, en un rincón apacible de la tarde, rodeados de casonas antiguas en la colonia Roma y autos silenciosos que pasan por esa calle, a la vuelta del instituto de yoga, él besa sus labios finos, largos y del-

gados y levanta su blusa para desenterrar, del secreto y lo prohibido, la más bella imagen y sus destellos dorados.

Ella deja al descubierto sus senos de adolescente: pezones diminutos, areola tenue; y él coloca sus manos, suave y reverencialmente sobre ellos. Entonces, a través de sus manos siente que el calor de su radiancia, las hacen traslúcidas y sagradas.

Ella sonríe muy tenuemente y vence su cabeza sobre su hombro. Callada permanece, sin moverse, extasiada por el amor y la ternura que cultivaron desde antes.

Los días seguirán su ritmo y en el espacio de la sala de yoga, iluminado por el sol de la mañana, los cuerpos de estos jóvenes adolescentes, permanecen sembrados, en un gozo extraño para la época, en posturas estáticas, gloriosas, míticas y extravagantes. Ella permanece a su lado, sintiéndose cerca, muy cerca, en una tenue seducción.

Luego, él no se explica cómo ella pasó a manos de su hermano Adán Antonio y después se hizo novia de Andrés, otro joven yoguini amigo de ambos. No se explica cómo siguió su vida y sus caminos.

Pero en el eterno sol luciente quedará grabado por siempre, el momento en que sus senos radiantes transformaron su ser con solo tocarlos, cálidamente. Y mucho menos olvidará este hombre, el mejor regalo de cumpleaños que jamás le ha dado nadie y que ella le obsequiara: una pluma sencilla, de las que venden en las papelerías por un peso.

Con ese gesto vio, cómo esta criatura amada y tierna, conocía y conoció el fondo de su ser y su fragancia de poeta, mejor que ninguna otra mujer en su vida presente o pasada.

Aquel hombre que encarnó la luz y lo recibió como si lo esperara desde siempre, lo reconoce una mañana, como una encarnación lejana, proveniente de las regiones del extremo oriente en las que este hombre, desde niño, aún a la distancia, reconociera, a su vez a: su familia, su gente, su tierra amada.

Los sonidos de la cítara, el golpeteo de la tabla, y el efluvio místico de la tambora, al escuchar el raga: Bimpalasi, cimbran y transparentan de luz: regiones, espacios y sensaciones de eternidad indescriptibles en su alma.

Vida y muerte penden de un hilo de plata.

*Hay un sentido
por lo que todo es perfecto como es
y todo depende de todo
y todo está unido al todo.*

12 UN DESTELLO FUGAZ

El hombre que se mira en el espejo se desnuda y enciende la luz de su alma.

Siendo aquel adolescente, cada día y cada mañana de todos los días, como si estuviese suspendido, desnudo en el alto cielo o en las profundidades de una laguna encantada, se sumerge, acompañado por otros jóvenes como él, señoras y ancianos, en el oleaje silencioso y suave de aquella danza de posturas milenarias.

Poco antes han agitado sus cuerpos en movimientos coordinados: comiéndose el aire perfumado, cultivando sonrisas, expresando alivio en sus rostros relajados. Han abiertos y cruzado piernas y brazos, torso y cuello respirando con la boca cerrada; elongando, estirando y doblando, amablemente, toda su estructura corporal. Así han desterrado la maldición de varias enfermedades, así se han inyectado esa felicidad loca y su brillo de todos los días.

Él ha desnudado su cuerpo sometiéndolo al chorro de agua fría, para fortalecer y relajar su sistema nervioso. Para fortalecer sus pulmones y experimentar un calor sabroso. Ahora se tiende

sobre una sábana blanca con un tapete abajo, respirando hondo, lento y pausado, como el ritmo de los planetas en el macro cosmos y las pulsaciones de los átomos en el micro cosmos. Está aprendiendo a conquistar la paz de la mente y del cuerpo para poder despegar el vuelo anisado desde niño, al infinito. Con esta simple y constante repetición de los rituales del viento, el oleaje de los mares, los gestos y posiciones de algunos animales y el vaivén de los árboles más grandes, en sus altísimas copas que acarician el cielo, le han dicho los sabios que es posible liberarse de sus entuertos.

Su mente asomándose a otros mundos. Escucha las voces de los siglos, en latitudes que exploraron y se hicieron maestras de la naturaleza interior, en una cadena milenaria de transmisión, verbal y viviente, de la sabiduría desconocida y despreciada por occidente.

Ha leído que le es posible volar muy lejos sin abandonar su cuerpo, como los lamas tibetanos. Volar muy lejos, a otros mundos, liberándose de sus pesadillas y temores en esta tierra de callejones de dolor y miseria. Después de aquella danza: sus ojos se fortalecen con movimientos rítmicos y el saludo de despedida glorifica la mañana.

Así vive ahora este chico adolescente, así respira, avanza, crea, crece cada mañana, y su vida brilla y se aclara, en medio de sus pesadillas cotidianas.

Un día, su madre, escandalizada porque sale muy temprano a la oscuridad de la mañana “para hacer quién sabe qué ejercicios casi desnudo, meterte a un chorro con agua helada... ¿Y ahora me dices que no quieres comer carne? ¡Tengo que hablar con ese hombre!”, le reclama.

Al día siguiente el Gran Gurú la recibe, con sus dos hijos, sin mayor misterio ni aspaviento. Nubes de coral, afuera en el alto cielo.

Usted ha hecho todo lo que ha podido por ellos. ¡Ahora me toca a mí hacer de ellos unos hombres! Claro... si se dejan. ¡Porque este... es tremendo! –y señala a su hermano mayor: Adán Antonio–. ¡Y este... –lo señala a él– este la piensa más!, declara el Gran Maestro y los adopta.

Deslumbrada por la luz, que no pertenece a esta tierra, irradiando en aquel hombre; ella, la madre de este hombre, una guerrera implacable y beligerante, mansamente los entrega.

Amará al Maestro de sus hijos por su vida entera.

Muchas veces, por las mañanas o las tardes, su Maestro y padre espiritual que lo ha reconocido, lo recibe en su oficina, en donde este joven vulnerable y turbulento, despliega un rollo de hojas, unidas en sus extremos, para leerle sus poéticos temores, reflexiones y dudas insondables. El Venerable Maestro lo escucha pacientemente, sobando, peculiarmente su lengua barba blanca.

¿Por qué siento lo que siento cuando veo a una muchacha? ¿Por qué me da temor antes de la madrugada? ¿Dónde vive el infinito, quién es Dios, cómo puedo escapar al infinito, cuál es mi vida verdadera?, le pregunta ávido de respuestas.

El sol despunta en su horizonte y una música de coros y órgano se eleva, cuando su Maestro lo guía, lo endereza, le aconseja: Un Iniciado es aquel que vive su vida en equilibrio entre el recto actuar y el recto pensar, le ha dicho, categóricamente, y entre otras cosas, le ha recomendado seguir observando qué pasa con su práctica de yoga, al dejar de alimentarse con cadáveres de animales e ingerir tóxicos.

También le confía un poema ignoto entre las estrellas, que le hace experimentar, en ese mismo sitio y momento: el tiempo y el espacio de la eternidad.

En otro momento, en el Santo Ashram de Coatepetl, le revelará la esencia del arte poético: Con él puedes decirlo todo. Es infinito: calles y callejas. Y le descubre a los poetas japoneses y sus versos: Con dos líneas te dicen el principio y fin del universo. Y finalmente le expresa su concepción del arte: Es el conjunto de conceptos que sobre la armonía y belleza puede concebir la mente humana.

Aquellos fueron los primeros tiempos.

En el Instituto de Yoga encuentra una joya vegetal: flor de la tierra antigua.

Él, un adolescente; ella, una muchacha indígena del sur de México, ayudante de cocina en el instituto de yoga y su comedor vegetariano. Una muchacha como las de las fotografías en color sepia que capturó su abuelo con su lente vagabunda.

Sus miradas se cruzan en la recepción del instituto donde él practica y ella trabaja. Él, siendo un pollo adolescente, respira la selva de Oaxaca que su abuelo fotografiara, ¡Sus húmedas regiones y la neblina mística, por donde asoma la sonrisa tímida y la mirada viva de esta muchacha!

Por fin, un día, después de consultarlo con su

padre espiritual, él se atreve y le dice que la ama. Ella le contesta: Yo no te amo a usted.

Él siente una espina de fuego en el centro del pecho, pero respira hondo, y sonriendo le contesta, como si cantara: No importa. Ese es problema tuyo, yo te amo y soy feliz con eso; y se retira a respirar las flores de haberla visto de nuevo.

¿Por qué cuando lo rechazan se siente que decrece, que se achica? ¿Por qué siente, cada día un poco, que no vale como otros niños?, ¿Acaso sí es feo, malo y sucio como sus pesadillas de caer en un abismo infinito?

Estos jóvenes tan jóvenes vuelven a sus quehaceres: ella barre los pasillos, él realiza su práctica de yoga.

La belleza absoluta en cada presencia,

en cada mirada.

¡Ni en un millón de vidas acabaría por honrarla,

venerarla, dignificarla!

13 RANITAS VERDES Y ALACRANES

Este hombre vuelve y se desnuda. Enciende una luz que no muere y contempla en el espejo de su vida lo que tiene.

Siendo niño está tendido sobre su litera, en aquella habitación donde vive, aislado del bullicio de sus hermanos, en casa de la abuela.

Sus muros tapizados de imágenes festivas, eróticas, artísticas y delirantes: cuerpos desnudos de mujeres radiantes, escenarios de la guerra en Vietnam y la guerrilla sudamericana (el rostro crístico del Ché Guevara, tendido y muerto, asesinado por la peste terrorista estadounidense, con los ojos abiertos, como si se burlara de la muerte). Espejos de pintores renacentistas y modernos, un submarino amarillo y yoguis, en sus posturas de flor de loto, sentados, al lado de un autorretrato suyo, también sentado en flor de loto, hecho a lápiz.

Recargado sobre un muro hay un mueble con frascos. En su interior: insectos, viseras de lagartija en alcohol y pequeños esqueletos de aves o batracios. Todo a su alrededor es fiesta de colores, ciencia y formas diversas.



Desde donde se encuentra, casi desnudo, con solo un calzón que imita a un personaje solitario de los comics, quien vive en la selva y se hace acompañar de sus amigos: los animales salvajes y los nobles habitantes africanos, se deja poseer por aquella música que abre ventanas nuevas: piano, arpeggios, batería sutil y guitarra eléctrica, con voces armónicas que llaman a su esencia. El disco gira. Una manzana en su centro.

Repentinamente, sin soñar, sin estar alucinado, ni enfermo mentalmente ni haber ingerido nada, la imagen misteriosa brota de su mente: aquel hombre tan delgado como los escuálidos troncos y las ramas finas de la selva donde se encuentra.

Semidesnudo, con solo un calzón blanco que cubre su bajo vientre; sus cabellos largos, en sortijados y desarreglados; los dedos de sus pies ajados, su piel cobriza como un tronco cenizo rudimentario y su mirada. “¡Esos ojos! ¡Sus ojos! ¡Mis propios ojos!”, descubrirá, escribirá y exclamará su alma.

Parpadea, la música sigue: “Déjalo ser”, cantan las voces de algodón y luces nuevas: “Déjalo ser”, y mira el cielo de imágenes pegadas en el techo, desde su litera.

Son sus días del despertar a una adolescencia temprana.

Una mañana, siguiendo la pista del hermano de quien será su hermano-amigo del espíritu, encuentra un sendero de aroma a sándalo que ha buscado por años.

Kripa, firma aquel joven, articulista de un texto que lo anima, y minutos más tarde, este hombre cruza el quicio de aquella casona, el patio amplio y en sus venas corre luz viva de colores y recuerdos ancestrales, cuando entra a ese santuario del tiempo eterno tan ansiado.

Por días venideros, tardes y fines de semana, bailará frenéticamente y extasiado, cantando el santo nombre del amante de las gopis (pastoras de vacas) embelesadas: “qué son nuestras almas extasiadas por su belleza, alegría, verdad y perfección”, le dice un joven sabio, ex combatiente de Vietnam.

Todo aquel ambiente lo cautiva. Los jóvenes rapados que allí oran apacibles, con solo un mechón y vestidos amarillos y anaranjados, y las divinas *madres* con sus saris y sus cuerpos de apsaras (ninfas acuáticas), lo regresan al mundo eterno de su pasado. ¡Hare Krishna!, dirá

extasiado, ¡Hare Krishna!, por las siniestras calles de Tacubaya, pobladas de ladrones, asesinos, ebrios y sus desalmadas madres.

Los fines de semana, asiste al ritual sabatino de los exploradores en el Parque México. Y una mañana, poco después de la madrugada, está repitiendo, emocionado, las oraciones que el sacerdote guía, desde el altar, de aquella pequeña iglesia, a un costado del Parque España.

Un halo místico recorre sus venas.

Horas más tarde, el bosque se abre en sus encantos y se le entrega. “¡Oh dulce libertad ansiada!”, exclama, “¡lejos de la maldita escuela!” y se lanza, corriendo por lo vasto del verde, sorteando arroyuelos, charcos, montículos de lodo y piedra, queriendo encontrar aquello que lo exalta más que una obertura majestuosa. Busca ranitas verdes en los chacos y arroyos. Busca alacranes debajo de las piedras. Y cuando los encuentra, ¿por qué?, ¿por qué?, se emociona hasta las lágrimas de ver vida en verde tan pequeña, y esa lanza envenenada alzándose en su contra.

Se acerca cauteloso, levanta una piedra y allí lo encuentra despertando, levantando su saeta mortal y moviendo sus pinzas. Sereno y seguro

se le acerca y lo coge del agujón. Lo levanta, lo contempla sonriendo y lo mete en uno de sus frascos que saca de su “estuche del campo”. Un respiro y un suspiro lo alegran.

Sigue andando, andando, buscando charcos y riachuelos. Llega por fin a uno que rodea, dando pasos como bailarina que no quiere despertar al ogro que planea comérsela.

Observa cuidadosamente, husmea como perro de caza hasta que ve un verde divino, luminoso que le provoca el mismo sentimiento que encontrar alacranes debajo de las piedras.

Entonces se acerca, se acerca y con destreza, se mete hundiendo sus botas y sus medias en el agua, sin importarle nada, ni las advertencias de su madre. Mete las manos juntas, como una caricia, con un gesto de veneración y amor profundo por la ranita que ahora flota y se asienta sobre sus dedos. ¡Ah!, grita su pecho, ¡te he atrapado!, y se la lleva a la orilla para meterla en un frasco.

Luego volverá a correr hasta alcanzar los árboles. Allí se trepa en el más alto, y contempla los quehaceres de la naturaleza: viento haciendo danzar las ramas, nubes dibujando el cielo.

Se ha escapado de la manada. Nadie sabe a dónde ha ido. Nadie se da cuenta de ello, ocupados montando las tiendas de campaña, jalando troncos, recolectando piedras para la gran fogata.

Los exploradores tienen sus rituales. Ceremonias de honor, juramentos y promesas, y eso no le molesta.

¡Por fin: los juegos que juega con sus compañeros! Fragor de júbilo entre todos.

Correr, avanzar con cautela; atrapar a alguien, salto mortal y caída en un charco con estrellas.

La comida es un desastre: en una olla todo se mezcla: avena, trozos de pan, frijoles y tortillas con cajeta. Nadie se queja. ¡Es delicioso!

Pero después del mediodía, este hombre siendo niño escapa de nuevo, buscando la soledad que siempre añora.

Camina sigiloso, cuidando que nadie se dé cuenta.

Mira a sus lados, alerta.

Sigue un sendero magro que intentan abrazar las ramas de los arbustos a sus lados y penetra en ese túnel de luces primigenias.

Así avanza, sigue. Entonces comienza un remolino de sonidos a crecer en su pecho: trombones agitando el aire victoriosamente, trompetas abriendo camino entre la maleza, flautas, flautines y cuerdas soportando su excitación que crece.

Las ramas dan latigazos tenues en sus brazos y piernas, a él no le importa, sigue corriendo más y más intensa y rápidamente, como si quisiera alejarse del mundo de los hombres y la maldita escuela. Corre cuesta arriba, cuesta abajo, por ese sendero desconocido que lo lleva al límite de su propio misterio.

Suda, palpita su pecho, su corazón como el cielo: inmenso.

Por fin, en un punto de la nada, se detiene, mira a lo alto y descubre la bendita joya que guiará su vida por siempre: el sol en su radiante disco de oro y vida, y se deja caer entonces, arrojado y exclamado: “¡Hare Krishna!”

Días de luz, un instante santificado.

14 EL PRIMER SUEÑO DE AMOR, ARREBATADO.

(¡ELLA ES EL AMOR!)

PRIMERA PARTE.

El hombre de mediodía enciende aquella luz que lo cautiva.

Se desnuda delante de ese espejo y vuelve a la región donde palpita el niño: jardín del atardecer, la hora del ángelus por la tarde, envuelto en una niebla a la deriva. Tiene entonces siete años.

Es el sueño, el primer sueño de amor verdadero: la niña más amada sentada en una paca de heno. Un roble y flores los rodean. Ambos están sentados, cogidos de las manos. Parece, el derredor, un escenario teatral santificado.

Después sueña que la cuida en el sótano de su habitación de juegos, a los once años, honrándola como a las ninfas y princesas de mitologías nórdicas y mayas, que conoció de la mano invisible de su abuelo asesinado.

Y un día divino ella aparece en carne y hueso, en el santuario máximo del yoga de su tiempo. Este niño adolescente, que será aquel hombre que

¿Dónde viven los botones de luz

que nos engendran?

¿Dónde la continuidad eternal del universo

palpitante en su belleza?

En el paraíso de la infancia, ¡por supuesto!

Río y me contesto.



se desnuda frente a su espejo, solo quiere cuidarla y estar con ella. Es la hija más pequeña del segundo discípulo del Avatar de la Nueva Era. El primero, y su otro yo indiscutible es: su padre espiritual: el Gran Gurú.

Este hombre siendo ese adolescente, le cuenta las historias admirables que su abuela recogió de todos los lugares. Ella lo mira, obnubilada, como si mirara las estrellas; lo escucha y ríe a carcajadas con sus gracias. Así pasan días, semanas y meses: un amor indecible los arrulla, los fascina.

Ella un día se levanta la falda y le revela su secreta y misteriosa concha divina: reluciente, pulida y suave al tacto, apenas imperceptible, cuando ella le pide que la acaricie con sumo cuidado.

Después se acercan y tocan sus labios. No se mueven. Respiran quedo y silenciosamente, en un nuevo espacio santo que han creado.

Llueven flores y estrellas diminutas sobre sus cuerpos unidos en un cuerpo, aunque nadie se haya dado cuenta de ello.

Una tarde, en la azotea de aquel templo yogui en ruinas y en el altar de su renacimiento inter-

no, el atardecer soberano expande un tono y una textura del principio de todos los tiempos. Allí, entonces, le preguntará ella a él, y a ese horizonte del atardecer sublime, dónde vivirán cuando sean grandes.

Él no dice nada presintiendo la tragedia.

Una mañana, en un paseo familiar en el Museo de Antropología, donde viven y reposan piezas de la eternidad hechas escultura o artesanía, se acercan a la fuente para contemplar los peces de colores que se escabullen entre plantas vegetales y algunos recovecos. Ella le entrega tres monedas y le dice que pidan tres deseos lanzándolas al agua.

Él lo sabe: alcanzar el estado de iluminación perfecta por medio del yoga: primer moneda al agua. Transmitir lo sagrado del arte por toda la tierra: segunda moneda al agua. Y la tercera: vivir contigo, amada, vivir contigo por siempre hasta la muerte”.

Ella, en su corazón y en su mente, pidió lo mismo que él, al lanzar su tercer moneda.

Ríen, corre ella por el vasto espacio, se mojan debajo de la columna principal y se alejan, correteándose como dos niños eternos.

Cada tarde, a escondidas de la moral de ojos adultos de fuego y pestilencia, la sienta en sus piernas y le cuenta los cuentos admirables que le contó su abuela. Sólo quiere estar con ella.

Solo quiere protegerla del viento helado y las tormentas. Nunca una caricia, nunca más tocarse los cuerpos ni besarse.

Al confesarle todo, cada día, a su Gurú, éste le confiesa: Te entiendo, chico, me pasó lo mismo de joven, pero déjala que crezca y luego vienen y yo los caso. Después le advierte: Esos juegos sexuales entre adolescentes, es mejor dejarlos.

Y una mañana, al llegar a casa de ella, su madre abre la puerta, lo saluda y le dice apenada: Ya no puedes verla, hijito mío. Debes esperar a que crezca. ¿Esperar....? ¿Cuánto? Deben esperar. No lo sé... seis años. Entonces su madre cierra la puerta y las cortinas de la bienaventuranza y le prende fuego a todo el paraíso de sus sueños.

Seis años parecen sesenta, se repite como autó-mata llorando internamente, llorando al abandonar su casa. Ella, adentro, gime igual, abrazando la fotografía que le dedicara, vestido majestuosamente, como un payaso de la nueva era.

Pero la niña y el adolescente se encuentran a escondidas. Se miran uno al otro, poseídos por un halo encantado: detrás de una pila de costales de harina, en la panadería donde trabaja su madre, en una esquina de luz bendita al atardecer o detrás de las rejas de la escuela primaria donde estudia ella. No se tocan, sólo se miran, ríen y él renueva sus historias.

Un día, con un manojito de flores en la mano, él toca a la puerta de su casa y le dicen que se la han llevado a tierras lejanas.

Este niño adolescente entonces, al salir del santuario del yoga donde vive ella, su niña bien amada, cruza las avenidas sin mirar a los lados, sin importarle nada.

Porque te vas

y yo me quedo,

Otoño es hoy.

(Matsuo Basho)

Recuerda él ese poema, de uno de sus guías del alma, y sus días serán noches desgarradoras, laberintos sin sosiego.

Sentado frente a su espejo, regresa a la casa

grande de su abuela, donde vivió su infancia primera, y vuelve a vivir el mortal y más certero mandoble que acabó por despedazar su corazón en pedazos: cuando su madre le anuncia que tienen que abandonar esa casa.

¡Jamás había experimentado una soledad y un despojo doloroso tan profundo!

Pilas y pilas de sueños, impresiones, paisajes y delirios; montañas, valles y ríos del arte, la beatitud en una selva fantástica y alcanzar el cielo infinito para liberarse del terror de cada día, se rompen en un instante.

Vena cava, aurículas, ventrículos, válvulas y la gran reina, esa arteria flexible: la aorta, estallan y se desmoronan en el viento de su ánima golpeada.

Amor eterno, dicha inconcebible.

¡Nada tengo más que eso!

15 ARISTEA Y LOS TRES GATOS

El hombre, mirándose al espejo, se desnuda con la luz para saberse, para reconocerse.

En el instituto de yoga, ensaya sus primeras lecciones en un piano desvencijado, colocado debajo de las escaleras de madera que dan hacia el cuarto donde se ha mudado su hermano mayor.

En compañía de su nuevo amigo: O. Capernaum, experimentan esa otra vida, dentro de sus vidas, completamente ajena a sus rutinas cotidianas. Y una mañana abren un espacio en la naturaleza abierta y salvaje, para inaugurar un escenario luminoso en sus mentes y sus corazones.

Allí, donde un río prístino de los deshielos del volcán Popocatépetl, une un santuario universal de un lado, con aquella primera Cámara Secreta, del otro lado, se instalan un fin de semana.

En aquel recinto sagrado, les han dicho, es donde abreven y se entrenan grupos de hombres y mujeres de sabiduría, para propagar un Mensaje Bendito de fraternidad universal, por toda la tierra. Son extraños y extravagantes para su época, moviéndose en sentido opuesto al de la manada.

Su actividad serena, sus silencios, estudios y sus prácticas, edifican la paz y la liberación verdadera. “Desde uno mismo”, enfatiza su Maestro, en un mundo que venera la agitación estéril, el consumismo, la enajenación y la estridencia. En un mundo que se aferra al espejismo de los sentidos y la necedad del ego.

Estos corazones, en cambio, se esfuerzan por latir con la sintonía armónica del cosmos y la naturaleza.

En esa esfera incandescente del tiempo inmemorial, se encuentra él con su padre espiritual, aquel sabio de tradiciones milenarias y universales contemporáneas, que le abriera la puerta su primer día en aquella casona blanca.

Sus cabellos largos blancos como su barba, su capa y su vestimenta toda, inmaculada, son una afrenta para los fanáticos religiosos. Irradia su cuerpo pequeño pero poderoso, un destello de luz que se antoja fulminante, ajeno a esta tierra.

Los ciegos del alma, los tullidos del corazón y los muertos en el espíritu lo siguen y quieren y logran, muchas veces, ser sanados y resucitados, por el agua purificante de su sabiduría implacable.

Este adolescente frágil, por eso, se acerca para cobijarse con su manto de amor universal y sabiduría incomparable. Durante un fin de semana se aventura, en compañía de otros jóvenes, mujeres y hombres, a probar un poco un estilo de vida, que aspira a una vida no religiosa, pero sí sagrada. A una vida no enajenada, no mecánica.

Son las seis de la mañana y su cuerpo semidesnudo se menea: suave, rítmica y vertiginosamente a la orilla del río que cruza; y al terminar aquella gimnasia de coordinación mental, respiraciones y estiramientos, se sumerge en sus aguas heladas.

El cielo en su esplendor, recibe el destello magnánimo del sol. Aquel hombre sabio, de carne y hueso, guía las plegarias de agradecimiento al Dador de Vida, en un ritual ancestral de símbolos vivientes, sonidos mágicos, posturas de poder y concentración perfecta, que le fueran transmitidos por una cadena de otros sabios milenarios, desde la noche de los tiempos. Es una Ceremonia Còsmica de encantamiento neutro.

Este hombre, siendo aquel adolescente, se entrega en cuerpo y alma, a ese ritual de un teatro sagrado verdadero.

Está extasiado, y sigue, paso a paso, con la mirada, cada gesto y enseñanza de aquel que se ha declarado días antes, delante de su madre, como su padre espiritual y verdadero.

Sentados a la mesa, brota aquel ambiente de fiesta mística y sencilla, mientras él emboca, en compañía de aquella hermandad inesperada, los frutos y cereales que da la tierra.

¿Cómo es esa vida? ¿Qué movimientos la acompañan y la forman, armando una majestuosa sinfonía?

Siguen los trabajos del campo, el servicio para el bien de todos y todas, la limpieza del lugar, plantar árboles, cortar manzanas y lechugas o componer una cerca dañada. Este joven aborrece ese trabajo.

Solo espera al mediodía, y suspira por su movimiento favorito en esta cantata del alma: la danza sagrada de las posturas milenarias.

Come con gusto, devorando los platillos vegetarianos que le ofrecen, y después del estudio, cuando el sol comienza su descenso aparente detrás del horizonte, se extasía de nuevo y se sienta, lo más cerca posible, como siempre, a su padre y Gran Maestro, para despegar en un vue-

lo sin dispersión, fantasmagorías, ilusionismos o desvaríos. Aquí y ahora.

Se relaja, respira profundo. Rítmicamente, sereno y pausado. Postura firme; no divaga.

Se deja guiar en el trayecto que describe su Maestro, por los estadios de atención en cada centro de energía: desde la base de la columna, hacia el plexo sexual, solar, el del bendito corazón, el plexo laríngeo y tres dedos hacia adentro, en el entrecejo. Titubea, se distrae, su mente, como: “un mono ebrio picado por avispas”, según los Upanishads, libro sagrado de la tradición védica y del yoga.

Se entrega como amante universal, embebido, enamorado, extasiado completamente por aquella luz, por aquel poder supremo y amoroso hecho hombre. Sus palabras, narraciones, chistes y consejos lo embelesan.

Se hace noche y los árboles se aquietan con un viento más suave entre sus hojas. El río fluye, los instrumentos musicales de la noche, brotan: en los picos y las alas de las aves y los grillos. Cena frugal. Fin del día. En su incomodidad por el lugar donde duerme, rodeado por ronquidos de todos los tonos, intenta conciliar el sueño, pal-

pitando su pecho por el amor a su Maestro. De regreso a la ciudad, sobre la carretera polvosa y la estridencia de los motores de los autos, sus sueños se disipan y vuelve a tornarse inseguro y temeroso.

Corren los días, las semanas y sus valles y montañas dibujadas en un lienzo. Su Maestro lo invita a ingresar a la primera escuela, una antesala de sabiduría, una vez que ha constatado que ha cumplido con los requisitos sagrados para merecer estar en ella: la práctica del yama y el niyama de la tradición del yoga. Es decir: refrenamientos y acciones virtuosas, unidas a los preceptos y metodología de los cuatro yogas clásicos: el yoga para el cuerpo y de las energías, el yoga del servicio impersonal, el yoga de la sabiduría y el conocimiento y el yoga de la devoción y el amor universal. ¿Podrá todo esto calmar sus ansias y desinflar su engreimiento?

También le ordena, enfático, abstenerse de toda actividad sexual, y someterse a la práctica del brahmacharya; una etapa del estudio de sí mismo, que se traduce, textualmente como: el que se mueve con Dios.

¿Por qué abstenerse sexualmente?, se pregunta y recuerda haberle preguntado a su Maestro.

Porque si no, no vas a durar mucho. Es una energía preciosa, contestó escuetamente el anciano venerable en aquel tiempo.

De paso por la Zona Rosa, en el mercado, los amigos hacen una parada y O. Capernaum pide un plato de frutas exuberante y delicioso.

Este hombre, siendo adolescente, no se atreve a pedir nada. No trae dinero suficiente. Su mente teme. O. Capernaum le pregunta: “¿No vas a tomar nada?” Este hombre miente y le dice que no tiene hambre, aunque se muere de ganas de un plato como ese. ¿Por qué hace eso? Aún no lo descubre.

Una mañana, en el instituto de yoga, descubre a esta criatura felina de senos y caderas divinas. Le cae su largo cabello lacio y negro hasta la cintura. Y se para, vibrante y misteriosa, en el centro de la sala. Él de inmediato la desea pero ella se esfuma como el polvo.

Otros días vendrán, y Lobo Capernaum la aborda, le sonríe, lanza sus tentáculos de seducción y ella avanza con esa música, dejándose seducir, tramposa y juguetona.

Este hombre la desea, pero no se atreve a nada. ¿Por qué siente que su alma es tan pequeña?

Practican juntos, se acompañan por la calle y juegan con palabras: los tres. Ella se ha dado el nombre de: Aristeia.

Días después, en los escalones de los multifamiliares donde ella vive, se sientan a vagar con charlas y bromas insidiosas de su amigo. Este hombre contempla los juegos de seducción que teje aquel con ella, muriéndose de envidia al no saber cómo acercarse, más íntimamente, a ella.

Aquel es un lobo que seduce, su amigo inseparable. Es un truhan, un hechicero del engaño y la risotada fácil. Ávido lector de esoterismos y libros de magia, kabalah, tarot y de misterios revelados.

Ella inventa entonces la leyenda de *Los tres gatos*, que son ellos dos y ella: sus dos amores ilusorios.

En una esfera de color magenta y violetas, este hombre escribirá y dibujará aquel panfleto literario: “De los tres gatos”, en vez de acercársele y morder, muy suave, sus labios. Allí palpitan algunas historias poéticas delirantes de esos encuentros y los juegos sensuales y perversos de su amigo.

Desechado en el aire, vomitado por el viento,

se siente este hombre siendo adolescente. Su Maestro viaja por todo el sur del continente, y al estar sin él, se siente abandonado, abandonado, abandonado como si no lo viera nadie.

Aun así, comienza a dirigir una clase de yoga una vez a la semana.

Diminuto su valor, confusa su mente. ¿Se debe a que le fue arrebatado su primer amor y ahora, su amor máspreciado está ausente?

Desde su corazón se quiebran los vitrales del sueño.

Ella los seduce con su canto y movimientos. Les asegura que juega con gnomos psicotrópicos y dice que la poseen cada noche. Él es tan solo un muchachito de cuerpo eléctrico, que no se atreve, siquiera a soñar con que un día, pueda ser amado, aceptado y cuidado por ella.

Su madre, él, su hermana y su hermano menores se mudan a un apartamento diminuto en una colonia céntrica. Él se siente, dolorosamente despojado de su mundo perfecto. Ha vivido, sus primeros quince años, como el pequeño príncipe Siddhartha, recluso en los muros de un palacio invisible, de juegos, placeres, gozos infinitos y colores.

Su madre, acostumbrada a tenerlo todo al amparo de su padre, antes de ser asesinado: nana, sirvientas, vestidos nuevos y perfumados, paseos y clases de danza, ahora tiene que limitarse a tener lo necesario, y a estirar lo poco que gana como maestra de Jardín de Niños. Después, como recepcionista en una clínica.

Para contener esta tragedia, comienza a acumular, a contar el dinero y lo que comen, a limitarlo. Adán Antonio, el mayor, ha decidido quedarse a vivir en la casona de la abuela, cobijado por su tío, un militar astuto y arribista que lo exalta.

Aquí empezará para este hombre un sufrimiento hondo. Aquí es donde su madre implantó en él, ese miedo a perderlo todo.

Una vida sagrada.

Vivir es posible

en el silencio interno, en la inmovilidad.

En la quietud del alma.

16 EL HECHO MÁS SIGNIFICATIVO

Desnudo, delante de su espejo interno, este hombre enciende la luz de la sabiduría, del recuerdo eterno.

Viene de regreso del Santo Ashram de Cuautla, en un auto deportivo de lujo, de una de las hermanas de la fraternidad humana.

Ha logrado colarse allí adentro, para viajar de regreso a la ciudad, acompañado de su padre espiritual: el Gran Gurú y su esposa.

El venerable Maestro viene sentado en la parte trasera del auto, justo detrás de él. Su esposa al lado y este hombre, siendo un adolescente, en el asiento delantero del copiloto, al lado de la hermana Francis que maneja, diestramente, y con cuidado.

Al inicio del trayecto cruzan vados, plantíos de jitomate o maíz crecido, entre casuchas con techos de palma o teja. Paisanos y señoras, niñas, niños y perros cruzan de uno a otro lado de los caminos empolvados.

Por fin, el trayecto toma la carretera, y el auto se adentra en las primeras formaciones escultóricas del Valle Sagrado del Tepozteco que los flanquean.

¡Gigantes sabios, petrificados!

A esas horas del atardecer, después de unos minutos de viaje, en el cielo se despliegan lienzos pictóricos de subliminal belleza. Un aliento anaranjado, violeta y amarillo los rodea. Un imperio encantador de formas quietas, de retablos vivos y la danza que provocan los vientos perfumados sobre las ramas, los custodian.

Todo es quietud y silencio dentro del auto. El venerable Maestro silba una tonada casi imperceptible, y golpea, sutilmente, con sus dedos, el respaldo de aquel hombre, siguiendo el ritmo de su melodía simple.

Las luces en el cielo se cuelan entre nubes esplendorosas, gordas, de blanco intenso como el nácar.

Inesperadamente, el padre espiritual de este hombre dice, sereno, para sus adentros, clara, enfática y dulcemente: Y más que nada, lo que traerá será: vida, y continúa silbando, despreocupado y sereno.

Al fondo, los macizos de roca se levantan como centinelas de los tiempos inmemoriales, resguardando los secretos más sagrados.

El Maestro venerable, sigue silbando y golpeando con sus dedos el respaldo del asiento, y súbitamente vuelve a repetir: Y más que nada, lo que traerá será: vida; para continuar silbando.

El tiempo se detiene. Nadie dice nada. Ni su esposa ni quien maneja.

Este hombre siente un calor agradable en el pecho. Nada misterioso ni esotérico, nada rebuscado ni fantástico, simplemente una caricia en el pecho, un aliento de vida nuevo.

Por tercera vez, el venerable Maestro repite su sentencia amorosa: Y más que nada, lo que traerá será: vida; para continuar silbando solo unos instantes, antes de recargar su melena, su barba de apariencia leonesa, sobre el respaldo de su asiento y reposar durmiendo apaciblemente.

Un par de años después, en el Santo Ashram de Coatepec, cuando este hombre le presenta y charlan acerca del capítulo emblemático: “El Mensaje Bendito” de su primera novela, este hombre le pregunta: Maestro, ¿a quién se refería con aquella frase? ¿Al Muy Sublime Mahatma Chandra Bala, iluminador de esta era?

Su padre espiritual se acicala su luenga barba como solía hacerlo siempre, del cuello hacia la

barbilla, introduciendo sus dedos en ese enjambre de nubes blancas.

¡No, chico! De la Nueva Era. Eso es lo que traerá esta nueva era: ¡vida!

El capítulo se cierra. El capítulo se abre con esta sentencia.

Este hombre regresa a casa de su abuela, para, como ansioso vagabundo en el desierto, tomar el agua fresca de sus letras y plasmar en el espacio blanco de una hoja, lo que ha sabido de voz viva, de labio a oído, de su venerable Maestro, entre otras sentencias y secretos.

*Cuando las nubes empotradas negras
desatan la tormenta;
cuando ni las aves se atreven a pisar
la tierra de los hombres por la guerra;
como un relámpago victorioso,
perfumando la eternidad
se abre el cielo y nace de nuevo la aurora.*

17 EL AMANECER DEL TEATRO SAGRADO Y UN ENGAÑOSO VIAJE AL INFRAMUNDO.

El hombre del mediodía se delata a sí mismo delante de su espejo. Está desnudo, sin atributos ni consideraciones. Enciende la luz de su conciencia, y allí fluye el saber que lo acongoja, primero, y luego lo libera.

¿Vamos a ligar con las chavitas de los Hare Krishna?, le propone O. Capernaum con su viscoso y viscoso acento de vulgaridad y morbo.

¡No, idiota! ¡Ellas no son para ligar! ¡Son devotas del Ser Supremo!, le contesta este hombre siendo muy joven. Su vida, un enredo de fragilidad y miedo. Muy pronto se tropieza y cae. Gritos soterrados, niebla y olores fétidos cuando no distingue la ruta del alma.

Han formado un grupo teatral de yoguinis. Quien se quitará la piel de oveja para mostrar su lobo verdadero, metiéndose en los pliegues de su esposa del futuro, es ahora su maestro de teatro sagrado y su iniciador a la meditación zen, la confección de banquitos para meditar y la elaboración y venta de prendas y botas de cuero. (Nadie alcanza a ver lo que murmura el tiempo con los años).

¿Por qué este hombre, siendo tan joven, ha entrado en ese salón, donde otros jóvenes como él están sentados en el piso formando un círculo? ¿Por qué ha aceptado verlos pasar, uno a una, al frente para: llorar, gemir o maldecir; para tirarse al suelo, y ahora él, también, revolcarse con todos ellos en un sueño fantástico y agonizante, de regreso al vientre materno? ¿Qué hace otro día con ellas y con ellos en el bosque, desnudos, consábanas blancas cubriéndoles el cuerpo cuerpo, para dejarse acariciar entre todas y todos y él acariciar sus cuerpos?

Flores a la deriva, cielo abierto. El bosque respirando su santidad y gozo. Él sólo quiere conocerse a sí mismo. Saber sus límites y precipicios, darle vuelo álgido a su voz interna y desplazarse después en casa, sobre su Cuaderno Azul con sus poemas y dibujos, para arribar al mismo puerto: conocerse, saberse, descubrirse a sí mismo entre tanta neblina color magenta y tanta maleza que lo ciega.

Su amigo inseparable viene acompañado de su nueva presa sexual: un alma frágil y confundida de tez clara, bellos ojos verdes y cuerpo armónico.



Después de la búsqueda de sí mismos en los ensayos, nace una presentación en el instituto de yoga, dedicada a su Maestro Venerable. Los doce signos del zodiaco desfilan en una hilera de fuego denigrante y exaltación virtuosa: *Janus* muestra su naturaleza dual en esa obra. El Maestro, atento, los observa.

Semanas más tarde, tienen otra presentación en un club judío, asaltado por este manojito de cuerpos desgarrados y cabellos largos, hirsutos o lacios como cascadas, con flores y listones en el pelo. Después un viento de algarabía y locura los postrará, en la misma facha festiva, pidiendo ser llevados, de aventón, en la carretera.

El maligno O. Capernaum lo arrastra al despeñadero, donde las catorce imágenes de Las Pinturas Negras de Goya resucitarán en su mente frágil y su abandono. ¿Cómo? En aquella gira artística a una ciudad colonial y conservadora del centro del país.

Una nube de emociones coloridas y rebeldes, los hace aterrizar en la ciudad de las iglesias, donde las beatas de los años setenta se persignan delante de ellos, y los creen engendros de Satanás encarnado, siendo ellas, sus vidas y maldiciones, más satánicas que nobles.

En casa de un amigo-hermano son hospedados y duermen, uno al lado del otro, en el piso de la sala, como sardinas en una lata. O. Capernaum, vulgarmente abraza, frota, toca, desnuda y posee a su presa sexual, como perro en celo, desenfrenado. Su amigo percibe eso y se siente perturbado. Le incomoda cómo la trata.

En la calle le toca las nalgas y el pubis, en un juego perverso y burlón que solo a él le hace gracia.

El amor. ¿Dónde está el amor?, se pregunta este joven, y cree explorar sus fibras finas en el escenario. Pero su desprecio al mundo de los viejos

que les heredaron dos guerras mundiales y un montón de porquería, ¿es también parte de sus elucubraciones pacifistas?

La obra provoca el rechazo y la indignación de los jóvenes conservadores universitarios donde se ha presentado. Más por la facha y desparpajo de sus intérpretes, que por el contenido de la misma.

Dejan esa ciudad de cultura medieval en ruinas, para verse, nuevamente, en la carretera, pidiendo ser llevados de regreso a casa.

Un camión enorme como un búfalo que embiste, se detiene. Él, su amigo y su presa sexual eligen ser los que irán en el compartimento trasero. Aquel vientre de metal, en las entrañas de la bestia, es un galerón oscuro, semivacío, donde ella se acomoda, al fondo, para forjar, apresurada, unos cigarrillos de marihuana.

O. Capernaum se embelesa con ella. Enciende su grabadora y la música de The Doors se expande por la oscuridad reinante.

Ella dice llamarse *White Eagle*, descendiente de los nativos norteamericanos. ¿Por eso fuma esa hierba?, se pregunta este hombre.

Su amigo se justifica y prueba los humos de

aquel vegetal impredecible. Ambos se la ofrecen a este hombre. Ellos juran que será solo por la experiencia del momento y que nunca más la probarán de nuevo. O. Capernaum coge en vilo a su presa, vomitando sus consabidas obscenidades y risotadas.

La desnuda, se monta sobre ella mientras su amigo, fingiendo no ver nada, viéndolo todo, se sumerge en la música que se alarga, agranda, profundiza y desata tonos diversos en los espacios de su mente.

De pronto, O. Capernaum le coge la mano a su amigo, dirigiéndola para que la acaricie a ella. Este hombre, siendo un joven, la mira con deleite: sus senos relucientes.

La toca, se le acerca, quiere besarla y también poseerla pero ella se molesta y lo rechaza. Un estallido siente este hombre. Ella le reclama a O. Capernaum y se agazapa en un rincón de sombras, repitiendo letanías de indignación. Aquel le vuelve a dirigir la mano a su amigo, esta vez hacia sus propias ancas y este joven se asquea, alejándolo abruptamente y se retira, a flotar en el espacio de sus desvaríos artificiales.

El gran búfalo sobre ruedas se detiene, y la

luz, al abrir sus entrañas, les lastima los ojos, después del largo sueño.

Toda la tarde y noche dormirá en casa como náufrago recuperando su ser. Y al día siguiente le contará a su padre espiritual lo que ha hecho, asegurándole que no le ha interesado una experiencia tan pobre y perturbadora. Entonces recuerda lo que el Maestro le había dicho a su hermano, cuando insistía en probar aquellas plantas y sustancias: “¡Chico! ¡Te digo que no! ¡Las drogas son la puerta al inframundo!”.

White Eagle será usada, abusada y desechada por su amigo, quien atisba otra presa en el camino.

Substancias que matan y envilecen:

la puerta al inframundo es la inconsciencia.

Aunque se adorne de luces cautivantes

y sonidos que embelesan.

18 CON FLORES EN EL PELO

El hombre del sol de mediodía se desnuda nuevamente frente a este espejo iluminado. Le vienen, como pétalos, hojas y semillas –en un batallón sutil– nuevos recuerdos de su primera juventud.

Colores por doquier, música y cabellos largos. Se coloca flores en el pelo y se deja arrastrar por un estrépito de percusiones, metales y guitarras eléctricas que arrasan con el tufo caduco de un mundo que fue ayer.

Ha abandonado el apartamento donde vivió con su madre, sus hermana y su hermano menores, para dormitar en el piso frío de la sala, en la comuna del grupo de teatro. Más algarabía: vestuarios coloridos, pieles y ornamentos en las cabelleras de cuerpos angelicales y divinos.

La furia de la guerra de Vietnam estalla como un espectro putrefacto. Él siente el desprecio por las generaciones pasadas que santificaron la hipocresía y la violencia. Amor a Dios y a la familia, pregonaron durante siglos, y su brutalidad y terror envenenaron a sus hijas.

Una noche duerme con sus diecisiete años,

acurrucado en un teatro experimental, envuelto en un telón de fondo inmenso, al lado del escenario. Todo es oscuridad de lobos en la noche a su alrededor. Una luz pequeña ilumina el ensayo allá a lo lejos. “¿Por qué aceptas vivir y dormir como un pordiosero?”, se reclama, pero no deja de respirar esos aires de fantasía e hierbas frescas, que le hacen experimentar una cierta liberación de sus pensamientos tortuosos.

A su lado duerme esta joven vegetal de sonrisa y cuerpo que lo encantan; aunque no se atreverá, jamás, a volcarle sus secretos. ¿Es acaso por esa lealtad enfermiza hacia su niña amada eterna?, ¿es por ese pánico a expresar su yo verdadero y volcar la cascada de luces poderosas que lo animan desde muy adentro?

Tampoco tocará sus dedos de cera ni su rostro encendido por la mañana, porque, de alguna manera, siente que ella no lo quiere tan cerca.

Se conforma con soñar que su madeja de cabellos largos con flores diminutas ensartadas, se le enreda una mañana en sus ensortijados cabellos negros. Lo único que consigue, en el mundo real de los portafolios y corbatas, es venerarla en silencio, mientras se duchan juntos en las regaderas de los camerinos de otro teatro cualquiera. Después

serán perseguidos por inmorales, enjuiciados por esos burócratas que custodian aquel teatro.

Se sumerge en esas noches con aliento a música barroca y días de trazos expresionistas apasionados, y solo conseguirá escribirle un cuento ilustrado por él mismo, haciendo apología poética del columpio, que es, en la India, un símbolo en la Fiesta del Amor. Va y viene, sube y baja, entra y sale como el lingam (órgano sexual masculino) en el yoni (órgano sexual femenino) sagrados del Tantra yoga; como la respiración del universo.

En esa época hay colores por doquier. Hay sembrados: cuerpos mariposas, cuerpos aves, gacelas y arcoiris, que son los de las hijas de las flores que él añora, sin atreverse a estar tan cerca de ellas. El rock es entonces genuina rebelión, lucha armada contra la hipocresía y el tedio mortal de los puritanos. El yoga: un camino nuevo de trascendencia, rodeado por la hechicería moderna de los psicotrópicos alucinantes.

Este hombre, siendo joven, vive en una ermita personal impenetrable, muerto de miedo por abrirse a la vida, por abrirse a todo y todas. Estalactitas de hielo penden de su pequeño universo.

Olvidó ya ser genuino, como cuando niño.

Guarda temores, garrapatas y pesadillas dolorosas que se inventa en sus sueños cada mañana. Guarda siniestros ecos de vidas e infancias pasadas, al lado de momentos beatíficos de una cierta iluminación inesperada.

Siempre teme que lo lastimen, siempre se siente superior a todos. ¿De dónde viene tanta pestilencia que se anega en su mente?

Este hombre sueña sus amores. Los esconde con su cuerpo magistral de joven asceta, entre ropajes holgados blancos y un abrigo negro de misterio, que ha robado a su abuela.

Camina descalzo por las calle repartiendo flores, como protesta por la guerra. Jesús, Bob Dylan, El Rey lagarto, Matsuo Basho y Lao Tzé son sus poetas venerados.

El amor, ¿qué es?, se busca entonces. Y yo, ¿quién soy?, y sus preguntas caen como trozos derretidos de cera negra, inconclusas y muertas.

Así, su hermoso rostro se desvanece en un gesto impávido frente al espejo, cuando la luna riega su brillantina de plata.

Años después, en una isla imaginaria, una ermita urbana, en el desierto de su mente, se encontrará

con los demonios de sus entrañas, que han viajado, vida tras vida, para provocarle a que los venza y brille así, el verdadero resplandor de su mente liberada. ¿Será posible eso? ¿Logrará aquietar su mente y apaciguar su corazón indómito, arrogante y confundido?

Viví asustado por décadas.

Ahora miro al cielo con simpleza

gozando del silencio de mi mente quieta.

19 ELLA SE FUE DE CASA

Este hombre enciende la luz de su interior y se desnuda, delante del espejo que lo expone a la verdad de sus hechos.

Son los días de vagar por los paraísos revelados de su libertad adolescente.

Es el Renacimiento de la Nueva Era y los profetas del rock.

En estos días se encuentra, frente a frente, consigo mismo, en el escenario, y eleva su quehacer teatral a una experiencia íntima de lo sagrado.

Parvadas de jóvenes muchachas y manadas de muchachos en vestidos de colores estrafalarios, cruzan las ciudades maldecidos por ancianas beatas y viejos de modales finos e hipócritas mascaradas.

Todos hablan de viajes psicotrópicos, sonidos mágicos o meditaciones reveladas. Él continúa con su práctica de yoga, diaria. Todos se cimbran, en cada átomo y cada célula, con los sonidos de una nueva música que es furia, rebeldía y, a veces, trascendencia.

Una noche, en aquel restaurante de leyenda: La Cola del Cocodrilo, en la colonia Condesa, engullen, rien, fuman y platican, varios de estos jóvenes, de una flora y una fauna fantástica

Entre una, igualmente exótica, variedad de platillos vegetarianos de sabores orgásmicos y olores cautivantes, se intercambian toda suerte de objetos míticos, insumos creativos y artefactos imaginarios entre: inciensos, cremas naturales, vestuarios de la India, collares de sándalo, música y pulseras de los habitantes originales de este suelo. El amor y el sexo destilan sus aromas embriagantes.

Atienden el lugar tres hermanos. Exploradores, como él, de otros universos distantes, paralelos, invisibles e infinitos, y viajeros de distancias y montañas en exóticas ciudades o pueblos. Cabellos largos, flores en el pelo y música de aquel rock que era el lenguaje de otra humanidad naciente.

Jóvenes delgadas y de cuellos largos, finas estampas del medioevo. Muchachas de senos preciosos al descubierto en sus vestidos transparentes y sus telas de diseños fastuosos. Mascadas, pantalones despintados y blusas holgadas. Jóvenes esbeltos, hermosos, barbados, con bigotes o patillas largas, o rostros crísticos de cabellos

largos, enfundando sus botas de cuero y sus chalecos que han confeccionado ellos mismos o sus compañeros. Es la tierra fértil de la Nueva Era.

Del otro lado del espectro, mueren los jóvenes revolucionarios en guerrillas incipientes, a manos de los demonios de la tierra que ahora nos gobiernan.

Este hombre, siendo un chico de solo diecisiete años, va a dar allí sin saber cómo, exactamente, acompañado por aquella hermandad teatral a la que todos creen que él ahora pertenece. Este hombre, en su tiempo adolescente, solo pretende restituirle a ese arte de la acción poética, su carácter simbólico y sagrado.

Con ellas y ellos, sus compañeros de un viaje delirante, vive ahora en una comuna lejos de casa. Pero esa noche está allí, en ese restaurante, circo improvisado de las sensaciones y colores, anonadado contemplando a sus criaturas de la fantasía y los deseos insaciables.

Entre toda esta gente festiva, asoma el rostro inocente, de una criatura, más niña que él, con la mirada y el gesto de luces escondidas, delatando estar perdida. De inmediato los lobos psicotrópicos y sexuales la descubren.

Es muy joven y bella, deliciosos sus encantos, fresca su carne y embriagador su aliento. Este hombre, siendo tan joven se da cuenta de ello.

A él también le gusta esta flor del cielo, pero de un salto se le acerca y la rescata.

Miradas de confianza mutua es su primer encuentro. Certeza de algo puro que vive adentro y que no se dice con palabras ni se muestra.

Él la saca de esa moderna sucursal de Sodoma y Gomorra de los sentidos distorsionados, y una vez en la calle, caminan y dialogan.

Ella se fue de casa. La misma melodía se siente en sus corazones palpitantes mientras avanzan, perdidos en la noche y sus aromas a menta y lavanda.

Ya no soportaba el tufo pestilente de la hipocresía o la violencia soterrada en casa.

Camina por la avenida Insurgentes.

Él quisiera besarla, abrazarla, protegerla, cuidarla y llevarla consigo, a su casa. Una nueva casa de flores, posters de colores, música estridente y paisajes inusitados. Pero una luz increíble, una luz desconocida clarifica y purifica su mente.

Siguen avanzando hacia donde él ya sabe.

Por fin llegan a la casona vieja donde este hombre siendo joven, cada mañana, practica yoga.

Aunque es tarde, toca a la puerta y le pide a ella que no tema nada.

La esposa de su padre espiritual y Maestro, un disipador de tinieblas verdadero, abre la puerta y él le explica todo. La niña perdida de los cuentos de hadas, confía, está serena y le sonríe. Sus ojos dos estrellas que parpadean y no pueden contener la llovizna de sus lágrimas doradas. También es Lucy en el cielo con diamantes.

Su Maestro y su esposa la reciben cariñosa y respetuosamente. Le dicen que descanse ahora, que ya le han preparado un cuarto y una cama, y que mañana verán que hacer, con más calma.

Él se alegra en su corazón por ella, y a su vez su corazón se entristece al saber que partirá sin ella. Sin su beso, sin su abrazo, sin su cuerpo claro y suave por la madrugada.

Sus sueños románticos se desvanecen. Pero antes de partir solo a casa, su Maestro y padre espiritual lo detiene y le dice, en voz baja: Hijo, te portaste como todo un Iniciado, lo bendice y se aleja.

Sobre la avenida solitaria y silenciosa avanza,
en el vaho de la noche de colores cambiantes se
pierde su silueta. Y en su mente brota de nuevo,
la flor de aquella canción que llena el aire y lo
ennoblece: “Ella se va de casa. Adiós, adiós”

*Soñar no cuesta nada
pero a veces el sueño te envenena.*

*Despertar es doloroso
aunque despertando descubres todo:
inmaculado, glorioso.*



Este hombre se despoja de sus vestiduras. Quiere, también, liberarse de prejuicios y por ello enciende la luz de su consciencia, delante del espejo de su vida que todo lo refleja.

Se niega a comer lo que le invitan. Pero mira los antojos y lo que necesita, como un niño abandonado, pordiosero. ¿Le alcanzará para comprar un jugo con las monedas que trae? ¿Y si se le acaban y después no tiene para el transporte de regreso?

Ha caído en la trampa: su madre y su miedo a la carencia eterna lo atrapan.

O. Capernaum ya es un ser siniestro desde antes. Utilizará sus conocimientos de magia, astrología y ciencias ocultas, para envilecer el origen de dichas ciencias sagradas y ejercer un poder oscuro, egoísta, para someter a las hembras a las que atrapa.

También sediento del enriquecimiento material, llegará a cometer algunas acciones ilegales, en el futuro desconocido ahora: se anunciará como médico naturista, traficará con diamantes, tendrá guardaespaldas en su finca, con rifles largos a sus espaldas, y luego, un programa de radio y un

emporio en la zona exclusiva de la ciudad de México. ¿Fue la falta de amor lo que lo hizo cómplice de sus vilezas?

Ahora ha colocado a Teódota en la ratonera.

Así la nombró el hombre que se mira en el espejo en su primera novela.

Una tarde después de cumplir con su disciplina de experimentar la vida de Ashram, en compañía de su Maestro, y de seguir su formación como Iniciados verdaderos, se trasladan al Santo Ashram de Coatepec, cuando es aun zona selvática, con una o dos casuchas erigidas y senderos de tierra, franqueados por vegetación y maleza espesa.

Estudio y hora de dormir. O. Capernaum guía a este hombre siendo joven y a su nueva presa sexual, a la cabaña que les ha sido asignada. Arreglan sus cosas y repentinamente anuncia: “Acomódense, no tardo. Voy por algo de cenar para todos”, y se sale de la cabaña.

Corren horas de viento azotando las copas de los árboles, suben sonidos de la selva y gritos de las almas en pena. Este joven temeroso se recuesta en una esquina, Teódota lo sigue y se coloca a su lado.

Él se ha sentido mal por viajar como desposeído: sin dinero, sin jabón, sin ropa adecuada, sin sandalias. Como un miserable vives. ¿Por qué?, siente y se reprocha, devaluado.

La noche más honda los aplasta. Él, acurrucado en esa esquina, se cubre con su suéter y se abraza, tiritando. Ella, a su lado, dice: Tengo frío, cubierta con algo calientito.

Él voltea y la mira, extrañado. Ella insiste: Abrázame, y al hacerlo, una aplanadora de carne y hueso gira y deja caer sobre este joven, una inmundicia sobre su cuerpo.

La inmundicia es su intención velada y tramposa, su energía densa, oscura, alterada; su sometimiento a su carcelero y la trama que le ha impuesto.

Lo abraza fuertemente, le ensucia la cara con su lengua y sus labios de anémona tóxica, mientras trata de asir su serpiente inerte, inocente, que duerme entre sus piernas.

Sorprendido y asqueado de por densa música ruidosa que vomita ese cuerpo sobre su cuerpo, abre su mente-corazón y se entrega al infinito, murmurando: “¡Señor, que se cumpla tu santa y divina voluntad y no la mía!”, y la puerta de la

cabaña se abre en ese instante, para que O. Capernaum entre sigilosamente.

En seguida, este hombre imagina un humo negro que cubre, a su amigo y a su presa, cuando aquel se recuesta al lado de esta jadeante hembra, que le pide la posea como fieras. La pesadilla de este hombre se revela cierta.

A la mañana siguiente, en el chorro de agua, O. Capernaum, morbosos, vulgar y chocarrero, le pregunta cómo le fue en su primera experiencia. Este hombre lo vomita con su furia y se aleja.

Aquel lo tilda de inmaduro, una tarde, cuando pasea con su auto, y Teódota, burlona, lo abraza aferrándose a su lado. Este hombre se aleja sin palabras. Creyó que la amistad era sagrada.

Un milagro es una respuesta

de tu corazón sincero con las estrellas.



21 LA SACERDOTIZA DEL PRIMER RITUAL

El hombre del sol en la mirada se sienta, como cada tarde o cada mañana, desnudo y con su luz frente a ese espejo. Su delirio viene de muy lejos.

Al abandonar el apartamento donde ha vivido con su madre su hermana y su hermano menores, se traslada a otro apartamento que ha comprado su abuela.

Ya lleva sembrada la semilla de la avaricia. Su madre ha reafirmado su miedo a la carencia.

En esa misma época de flores en el pelo, conquista el campo verde perfumado de su temprana adolescencia, en la memoria profunda, muy adentro.

Se ve desnudo en el primer oficio del ritual del amor sagrado.

Su cuerpo perfecto, sus cabellos largos ensortijados, con lirios blancos en el pelo.

La sacerdotisa de los vientos, Alicia en el país de las Anfetaminas, que lo ha encantado, lo coge de la mano y lo quiere llevar a su mundo de alucinaciones y delirios.

Por semanas y meses, ha tratado de conven-

cerlo de tomar y beber esa pócima o aquella pastilla (“tómame”, “bébeme”) “para que te conviertas en un genio”, canta ella mientras danza. Cabello corto, pantalones y blusa holgados.

Él rechaza toda esa psicodelia de ultratumba y se reafirma en el rock, el yoga y su locura.

Una tarde, cuando su abuela ha salido de viaje, él le dice que pueden comer en su casa.

Avanzan las fachas floridas, por las calles de ladrones y pandilleros despiadados donde él vive. Ella, con su blusa y pantalones holgados al viento, y un morral enorme lleno de sorpresas e instrumentos musicales, lo toma, cálidamente de la mano.

Una vez dentro del apartamento donde él vive con la abuela de Caperucita Rosa, la música, las plantas y el sol del atardecer iluminan su serena dicha.

La sacerdotisa del viento lo guía mansamente.

Ha encendido un incienso y velas, ha tocado tres veces la campana tibetana que guarda en su morral inmenso, y le ha frotado el cuerpo con jabones y espumas aromáticas, bajo de la ducha.

Ahora inclina su torso sobre su cuerpo, tam-

bién ella desnuda, y le da de beber placer de sus senos inmaculados, bajo un chorro de frescura.

Luego lo seca y seca su cabellera azabache en-sortijada. Besa sus manos y lo lleva a sentarse sobre una manta blanca, colocándose uno frente a la otra, para recordar el silencio y la quietud, desnudos por una hora.

Él tiene sólo diecisiete años de edad, ella veintisiete y su rostro es una luna de la tierra del Sol Naciente. Es una sacerdotisa del teatro del alma y la armonía.

Ahora hace una reverencia juntando las palmas de sus manos y lo invita a pararse frente a ella.

Desnudo lo conduce a la habitación más amplia y, por fin, lo tiende sobre la superficie de la cama que le parece inmensa, semejante a un mar eléctrico de sensaciones tersas. Tendidos, besa, con la cautela de un ave picoteando su alimento: su cuello, sus mejillas y sus manos, de nuevo.

Después recorrerá su cuerpo con manos de mar y cadencias dulces, y entonará un vaivén de pases mágicos que asienta sobre su piel tan tierna.

Luego se yergue sobre él, con su cuerpo de fino mármol.

Así será este viaje en altamar: suave, luminoso, placentero.

Él ve estrellas nuevas y distantes, descubre paisajes fascinantes, en la piel de ella, y toca montes y hondonadas cautivantes. Por fin, madre naturaleza, madre simplicidad lo guiará para abrir y tener acceso al templo interno de los helechos, que anidan bajo el pubis de ella. Sus frutos le son revelados. Sus besos desbocados.

Ahora él flota, se eleva y reposa en un mar de sonidos encantadores. Sube, baja, entra y sale. Su respiración se agita, sus pasos hacia el risco más alto lo lanzan cielo adentro.

El hombre recuerda una conspiración dichosa y de placeres que estallan luminosos, encendiendo esa joya que palpita en su interior, reflejada en su rostro y su mirada.

Recuerda entonces haber visto la sonrisa iluminada del Hijo de la Luz, su padre espiritual, cuando conquista y empuña la espada en la montaña más alta y se viene resbalando hasta la cima del estallido encantador.

Este fue, y así, su iniciación en los aromas del divino arte del sagrado sexo que conoció por vez primera. Lejos de cantinas, prostitutas y “amigas”

desveladas de la época. Lejos de la vulgar parafernalia del capitalismo y su odiosa cosificación de todo lo que vive.

Días después, este muchacho niño le ruega a su sacerdotisa amada que no lo deje a la deriva, con las olas tan altas y sus alas encendidas. Le ruega que no lo abandone en la carretera del invierno. Pero ella contesta, dulce, inmaculada y serena: Niñito santo. Yo solo vine para cumplir esta misión contigo. Ahora debes seguir solo tu camino.

El hombre, entonces niño adolescente, recibe un tajo de fuego, profundo, muy adentro, abriéndole el vientre y rompiéndole, de nueva cuenta: aortas y vena cava.

Llora en silencio el gozo perdido, y vuelve a someter aquella furia sexual, festiva y victoriosa, honrando el voto que su Maestro le ordenara.

¿Se recuperará algún día del segundo abandono primigenio?

Abrí la puerta y entró ella.

Yo esperaba a mi bien amada.

*A la misma que arrastró la tormenta
y dejó tendida en una playa lejana.*

*¡Agradezco al cielo que haya entrado
quien debía haber entrado
como aliento tenue de la mañana!*

El hombre de cada estación, se sienta desnudo al mediodía. Enciende la luz y se encuentra, a sí mismo, en el espejo de sus experiencias de vida.

Todas amorosas. Todas significativas.

Sigue siendo adolescente.

Sus cabellos como lianas caen hasta sus hombros. Lleva fuego y tempestades en el alma.

Da pasos que cimbran los bosques citadinos. Su mirada todo lo consume. Su arrogancia es intolerable, escondiendo un miedo sempiterno debajo de su rostro impávido.

Sin dinero ni oficio. Pidiendo en la calle, comiendo de los otros, no sabe aún, ni se imagina, cómo sostenerse dignamente.

Así se traslada a la comuna donde vive, de los que se visten con flores en el pelo, como él, y deambulan con los cuerpos desnudos; sonidos vivos y tonalidades de colores infinitas en el pensamiento. Abrevan del teatro y la danza, en exploraciones de una forma de vida en la naturaleza. A ellos y ellas los alientan el rock, el sexo y

las drogas. A él el rock, el amor trascendental y el yoga.

Dicen que meditan y que hablan con dios, en sesiones de peyote, marihuana y hongos. Nubes de polvos incandescentes suben y bajan, metiéndose en sus ojos. La mayoría están alucinados.

Tienen por gurú a un topo disfrazado de oveja, que los engaña y los lleva al matadero de la ilusión perpetua. Su Montaña Sagrada se derrumba con sus hábitos de apegos y fantasías. Su Santa Sangre es un delirio de violencia.

No es capaz de dejar el cigarrillo ni sus drogas ¡y pretende liberarse del espíritu!, piensa este hombre siendo adolescente. Cuando se encuentran: son agua y aceite.

¡Es un río de colores y sonidos nuevos su generación entera! Furia en la música rebelde del rock y sus paisajes.

En ese tobogán de luces psicodélicas y sensaciones, lo invita su sacerdotisa sexual a un mundo tenue, profundo y apacible. De madrugada se trasladan por la ciudad y sus vías oscuras, hacia una casona donde brilla la luna en el sur de la ciudad. En la azotea, un cuarto brilla destellos inmaculados. Y adentro, los monjes y practican-

tes, en sus posturas de inmovilidad, le revelan un mundo ancestral que había olvidado. Este joven entrega su esencia entera al silencio y la quietud. Será un pacto de por vida. Un pacto de eternidades inmemoriales.

Durante varios días y sus madrugadas se reafirma en la quietud y el silencio, rodeado de flores cautivas, girones de viento en el flujo de un río de pensamientos claros. Ha sorteado el escándalo de su mente inquieta, durante tres días y sus noches en un retiro. Sigilosamente ha confrontado sus demonios, fortalecido su poder natural y así, sintiéndose renacido, desciende las escaleras en compañía de los demás practicantes.

¿Ser primer vez?, le pregunta el santo monje iluminado. Si, maestro, la primera, contesta muy quedo este joven tímido. De montaña de mil metros... ¡haber subido... uno!, y sus carcajadas rompen tanta solemnidad que flotaba en el ambiente.

Después, unos paisajes japoneses en tinta, descienden y expanden su silencio armónico en la mesa del comedor y la cocina. Y un vaho fantasmal, de belleza insólita, cruza entre esas obras artísticas que este hombre recuerda. Es la hija del maestro Ello Takata.

Joven figura onírica, salida de una escena del cine de Kurosawa.

Se mueve como actor immaculado del teatro Noh en su perfección y sutileza. Ella es el respiro de todos sus sueños y anhelos espirituales. ¿Cuántas veces la vio? Solo una o dos. Ni siquiera cruzaron miradas. Pero él, creador de dunas, torbellinos embriagantes de belleza y paisajes de la eternidad, aún la añora.

Mudo el que sabe.

No cacarea verdades ni aconseja a nadie nada.

No se hace luz para alumbrar a nadie.

Su respiración pausada

*y el sonido de las castañas,
dorándose, le bastan.*

23 UN BESO PROHIBIDO

El hombre del sol de cada día, desnudo ante su espejo iluminado, verá muchachas como bailarinas, rostros místicos, promesas de toda la vida, escuriéndosele como agua entre los dedos.

No se entrega a nadie. Respira y le duele su niña arrebatada.

Entonces aparece la hija de El Gurú de los hippies, entre todas esas muchachas de su edad.

Un cuarteto de cuerdas anodino la representan: delgadez y rostro mortecino, cabello largo lacio y una expresión de desinterés o hartazgo. Su frío gesto oceánico, de las profundidades de lo desconocido, lo cautivan.

Él dibuja su rostro en su Cuaderno Azul y un poema. Ella le presta un violín maltrecho con el que él expande sus alas tiernas. Cada día, cada tarde arranca maullidos de notas altas, a esa caja de divina resonancia.

¿Qué queda para él de cada sueño y sus deseos, repitiéndose, infinitamente, a la deriva?

Ella es un rostro sombrío pero cautivante, fi-

gura de insecto venerado, misticismo resplandeciente de arriba a abajo.

Juntos, vienen, van, pasean, ríen y charlan por horas. Pero una tarde de nostalgia, hecha música en el ambiente, él se atreve a besar su mejilla, mitad piel, mitad cabello que le cae al lado, y ella lo rechaza para siempre, escandalizada por tal atrevimiento.

Ahora el hombre la mira a la distancia en el espejo de los años que pasan. ¿Su cuerpo es ahora un arbusto tieso, un fruto seco, sin cielo despejado? Su recuerdo que parecía un destello dichoso ¿ahora, sin sabor dulce, está oxidado?

Un dulce afecto se desmorona

de la noche a la mañana.

Nada queda, nada permanece.

En el mundo de los sueños muere la aurora.

24 LA DANZA ROTA

Es la luz encendida proveniente de su espejo, la que rocía su desnudo cuerpo. El hombre se mira más adentro.

Sigue siendo adolescente.

Sin dinero, se han lanzado estos peregrinos del yoga a la aventura.

Por la carretera piden que los lleven y los traigan, comiendo aquí y allá lo que se puede.

Al regresar, algo comen en el apartamento donde este hombre vive con su abuela. Y esa noche por fin, exhaustos, el cede su habitación a su hermano amigo Juan Gato, quien ahora duerme con su chava, la bailarina que seduce, con solo la mirada. Este hombre, siendo joven entonces, duerme en el sillón de la sala.

En una exhalación de recuerdos fugaces, pasa ese recorrido infructuoso que hicieron horas antes, por las carreteras, pidiendo aventón y muertos de hambre. La noche es todos los ojos cerrados. Están agotados.

Estando dormido, entre sueños, una brisa

acaricia sus labios. Despierta y un bello rostro descende sobre el suyo como luna llena. Siente su perfumado aliento sobre sus labios y abriendo mejor los ojos la descubre, contemplándolo, embelesada. Es ella: la chava de Juan Gato.

Esta joven bailarina, con quien se ha deseado en juegos festivos de cuerpos desnudos, besos y paseos interminables, ha sido, únicamente, el sueño de trayectos imaginarios. Ambos se han buscado sin sentido. A lo lejos, el fuego encendido y el horizonte rojo, los atrae uno al otro. ¡Cuánto ha deseado cogerla en un abrazo desnudo, y así llenarla con una tormenta de sus labios por toda la geografía de su cuerpo!

Este hombre, siendo ese joven, le dice, pese a lo que siente: Regresa a tu cama con él. Yo no puedo hacer esto. Él es mi hermano.

Ella se retira, obediente, dejándole una sonrisa y la imagen de su cuerpo tan añorado, flotando, danzando en el espacio más cercano.

Sus vidas irán por senderos diferentes.

Un día cualquiera, en una feria de una ciudad pequeña, ella lo reconoce desde su puesto de ventas. Su corazón salta, sus ojos se iluminan y corre con la mirada del espíritu a su encuentro.

Trombones, trompetas y clarinetes suenan en su pecho.

Él se acerca y sólo alcanza a reconocer un eco de lo que fue ella. Ahora su cuerpo es enorme y deforme por el descuido, los hijos, el divorcio y los desvelos.

Su danza rota. En su rostro se han trepado incontables desesperanzas.

Él se impresiona con su obesidad descomunal, ella lo nota, se avergüenza, da marcha atrás, su corazón herido y escapa en llanto en dirección opuesta. ¿Qué era lo que quería él de ella y ella de él? ¿Qué buscaron cuando soñaban?

Su desprecio, su rechazo le demuestran, lo vil que puede ser sin proponérselo.

Hubiese sido hermoso

bailar desnudos bajo la luna clara.

A veces lo rompes todo sin darte cuenta

y ya no hay forma de restaurarlo.

Se desnuda. Enciende su luz interna. Se mira en el espejo de sus vivencias.

Pasa todas las mañanas por la casa de esta niña, sentada en los escalones de su casa, al lado de la pulquería de la esquina.

Al principio no se saludan. Su padre le ha dicho a ella, que a ese hippie no debe acercársele ni saludarlo. En casa, se arregla su uniforme militar, y sale, arrogante y prepotente, con su cabeza cuadrada.

Este joven de cabellos largos atemoriza a las beatas y provoca ira y desprecio en los militares. Su facha festiva: flores en el pelo, pantalones y camisas largas con flores pintadas, collares de colores al cuello y pulseras de más y más colores, provocan ese desprecio en los autómatas uniformados. Los esclavos, soldados que resguardan la fortaleza presidencial de Los Pinos –cerca de los apartamentos, en un barrio miserable, donde él vive con su abuela– lo desprecian con su mirada. Él pasa cerca de ellos y su corazón también los desprecia. El más ínfimo escalón en la evolución humana, está convencido al verlos.

Y más adelante canta sus canciones veneradas, cada mañana que pasa rumbo al teatro donde ensaya.

Después de un tiempo, estas bestezuelas uniformadas le sonríen como amabilidad sincera y contradicción en sus mentes.

Ni siquiera se imaginan que ha participado en las protestas en contra de la guerra de Vietnam, frente a la Embajada del Imperio Norte a la que ellos, sin saberlo, sirven.

En ese barrio, las bandas de los BU=K y Los Panchitos se disputan territorio y, tal vez, algunos negocios oscuros. Son jóvenes de su edad y más jóvenes aun, instigados por algunos traficantes del desastre, mayores que ellos.

Una tarde, este hombre escucha, desde el balcón del tercer piso donde vive, un ruidero de murmullos y avispero, que crece y se hace claro a medida que se acerca frente a donde él se encuentra.

Se asoma a la ventana –rodeado de las plantas majestuosas que su abuela cuida y habla, con dulzura, mientras las riega– y observa dos manadas de jóvenes –una que sube y otra que baja por su calle– que avanzan, a paso seguro, zancadas largas o incluso corriendo para colisionar frente a frente.

Abajo, un espectáculo aterrador se desenvuelve: unos contra otros, con botellas partidas por la mitad y sus puntas ardientes, cadenas en las manos, boxers, varillas, palos y navajas desenvainadas, chocan contra rostros, torsos, piernas quebrándose, manos y brazos que sangran.

Una nube de maldiciones y polvo, sube confundiendo todo. Parejas y tríos golpeándose, pateando a otro que yace en el suelo o forcejeando entre más maldiciones.

A lo lejos, este hombre siendo joven, divisa a uno de ellos prensar a otro de los cabellos y arrastrarlo hacia la gran puerta de lámina del taller mecánico de enfrente, para azotársela contra ella hasta dejarlo caer al piso convulsionando, en donde lo patea sin misericordia. Alaridos en el aire. Música de heavy metal.

Otros más se clavan picahielos en el vientre, propinan golpes que estallan en otros rostros o descargan palos rompiéndose en unas cabezas. El griterío crece. Las maldiciones contaminan y oscurecen el aire y las patrullas nunca aparecen.

Pero cuando este hombre, siendo joven, en los días venideros pasa cerca de algunos de ellos, él lo saluda cordialmente, con amor y paz verdadera,

y ellos así responden: con sincera amabilidad y con respeto.

La niña y él crecen. Ella comienza a sonreírle y saludarle, su padre muere.

Ahora se hacen amigos.

Ella lo invita a su casa y le cuenta de su vida diaria, de lo que sueña, de lo que quiere. Le muestra la pared donde hay señas evidentes, de que alguien ha decantado el muro con incisiones extrañas. ¿Y eso?, pregunta él. Es desde cuando era niña y murió mi padre. Me dio por morder la pared y rascarla con mis dientes, ríe, se burla de sí misma y ambos bromean. Su madre es amable y también lo recibe afectuosamente.

Esta joven ahora, le habla de sus amigos y camaradas: los de las bandas que se enfrentaban. Yo la llevo bien con todos, y ellos me cuidan y me respetan, dice. Y afuera, los humos a marihuana quemada y el aliento alcohólico de muchos de ellos no le incomodan.

La solidaridad en la miseria, la fraternidad tejida contra la violencia y corrupción institucional de la policía en contra de estos jóvenes, los ha hecho construir códigos secretos y sagrados de lealtad y amor verdadero. La vida de cada uno depende de ello.

Ella crecerá y se hará una mujer, metiéndose en un cuerpo que florece, con sus hermosos atributos. Él la quiere como su amor de banda y la desea por su fragancia.

Ella tendrá que luchar, tenazmente, contra su adicción al alcohol y las tristezas profundas y carencias de su infancia.

Una tarde afortunada y otra noche, se unirán un par de veces entre los velos nebulosos del tiempo futuro. Desnudarán sus cuerpos, tocarán sus partes como arena santificada. Llenarán sus bocas con besos como bocanadas de ahogados en el amor de los recuerdos. Y otra tarde entera, ella manipulará el bastón de mando erecto que él ostenta, por largo tiempo, hasta quedar casi ya aburrida y el brazo adolorido por el esfuerzo, para que nunca pase nada. Entonces se abrazan, se despiden y volverán a llamarse y a contar sus vidas con el mismo cariño y respeto.

Ella saldrá victoriosa de su lucha contra el alcoholismo y cogerá el camino del budismo tibetano para exaltar su vida y su poderosa esencia. Él seguirá su ruta espiritual por los senderos del teatro, el yoga, la poesía y los vaivenes intempestivos de su vida.

Muchos de los chicos y chicas de las bandas que se enfrentaban, están muertos por pleitos callejeros o por disparos de la policía. Muchos otros en la cárcel o en los centros de rehabilitación para las adicciones. Unos pocos habrán sabido sortear las mareas implacables de la miseria, como de sus mentes y corazones adoloridos. Habrán sabido permanecer con ese amor profundo, fraternal y solidario, que los unió, en la miseria, desde niños.

Ella y él estarán también unidos, se vean o no se vean, por ese bendito amor de barrio de sus infancias y adolescencias impolutas. Amor bendito el de los barrios, amor de siempre contra las adversidades y los asesinos uniformados.

Como un disparo suena un golpe en un oído.

Como una flecha se clava el veneno en la herida.

*Y el ciclo de la violencia, en una mente ardiente,
nunca termina.*

26 TRISTE BELLEZA SOLITARIA

Se mira de nuevo en su espejo interno este hombre. Desnudo, enciende la luz de su consciencia.

Este es un pasaje triste con una muchacha triste que lo embellece. Un cuadro de colores opacos, que no permiten reconocer el brillo de lo que ella es verdaderamente. Es tan joven como él. Y sus miradas se juntan para bailar unos instantes, sutilmente.

Una mañana que ella pasa por la tienda naturista que él atiende, plagada de productos para la salud, hierbas y menjunjes milagrosos, sus corazones cantan, sus miradas, de nuevo bailan.

Él se siente bien, dignificado por el trabajo que realiza y por traer dinero para su sustento diario.

El incienso vuela cuando se saludan.

Ella es una bella madre abandonada, fumando, fumando desesperada. Llora, le tiemblan las manos; sonrío poco de momento y enciende otro cigarro cuando hablan.

Él añora sus besos, tocar sus senos reverencialmente, desnudarla. Añora su interior, en el

delirio de la generación de las flores. Ella lo mira y una nube la distrae. Sonríe un poco al verle.

Convertido en un festivo personaje de leyenda de la nueva era, se rodea de una parvada de niños vecinos que lo siguen durante las vacaciones, para escuchar sus historias de sabiduría y construir juegos de libertad y gozo. Él escribirá sus epopeyas poéticas del tiempo florido en el que vive y celebra.

Va y viene del teatro donde ensaya un largo viaje hacia la verdad ignota que revelará, con sus compañeros de aventura, a todas las niñas y los niños: Ustedes son la verdad: limpia, clara y pura, sentencian los alborotados personajes de la obra. Es La banda mágica de los payasos locos.

Son tres los marineros, de narices rojas de bola y zapatos enormes, los que se embarcan en este viaje teatral estrafalario: el que ha vivido la vida y sus experiencias, el que ha estudiado todas las claves secretas del universo, y él: el que los sintetiza y une con el yoga, el vegetarianismo y el amor universal... a toda costa.

Pero ella no alcanza a verlo en su traje blanco, nariz roja, de pantalones holgados con los colores del arco iris, en anillos, en cada pierna, ni con su

escoba mágica con la que barre la tristeza, la enfermedad o los pensamientos distorsionados. Su traje blanco tiene símbolos diversos para los que saben: cuatro ruedas de energía sutil, en flores de loto que se abren. Tampoco alcanza a ver que él podrá barrer su tristeza. Se abre y se cierra. No se deja. El humo de la muerte en su tabaco la somete.

Él es un niño feliz que ensaya sus posturas milenarias en, espacios privilegiados y solitarios del bosque que florece en medio de la ciudad agonizante. Allí, a la luz de la mañana.

Por las tardes, ahora ensaya en un piano destartado o con ese violín prestado.

Ella desaparecerá un día para evadir la vergüenza social que su madre le achaca, agriamente.

Él llorará en silencio su partida. Los amores que se van, los amores que no vuelven lo entristecen.

Miedo, más miedo

y pánico escénico para tomar, pagar el precio.

Para disfrutar o detestar lo que necesitaba

o lo que me atormentaba:

luz del día, hoy, cada mañana.

27 HIJA DE LA VELOCIDAD Y LA TRAGEDIA

Esa luz siempre encendida. Él, desnudo frente a su espejo interno. Es el hombre que recuerda al mediodía. Abre su corazón y se le revela el paisaje interno con los diamantes de su adolescencia.

Aún lleva flores en el pelo.

Canta una rabia eléctrica de metales y tambores. Se alimenta de frutas, miel y vegetales. Practica con su cuerpo malabares de significado interno.

Y en el escenario: cabriolas, machinguepas y saltos mortales, en un vestuario de colores (su rostro maquillado, su nariz de bola roja)

Una mañana, sigue con su vista el cielo adentro de su pecho y con su corazón capta el rostro de esa joven frágil como un soplo, de cabello rojizo, haciendo olas en sus pensamientos. Es como una aparición del más festivo renacimiento hippie. Su rostro sombrío, su sonrisa escasa está enfundada en una tristeza milenaria.

La llama o se encuentran frente a frente, en el escalón de entrada a la tienda naturista que él atiende. Él desenrolla sus historias milenarias:

cuentos y leyendas de príncipes, sabios y hadas, rodeados por los monstruos que quieren devorar el alma humana. Pasan los días y ella libera flores cuando sonríe más a menudo.

Este hombre recuerda haberla invitado a ser personaje viviente en sus escritos irreverentes. Recuerda haberle dado miel y nueces de su mano, y también haberle mostrado el lado de la luz en una época gloriosa.

Los chicos a los que ha atraído con sus historias de sabiduría, los rodean. Arman y desarman juegos; los disfrazan, los maquillan y los casan, en una ceremonia nupcial de carcajadas marrulleras. Se burlan de ella, de su cabello rojizo y sus pecas estelares. Ella se molesta. Se incendian los ánimos pero no pasa nada. Él amansa a las fieras. Después todos reirán, amablemente con ella.

¿No es acaso la joven de la portada de aquel disco, que sostiene un avión de juguete, dejando al descubierto sus senos inocentes de niña adolescente? ¿No quisiera él besarlos y amarla eternamente?

Un día la lleva a conocer a su Gurú, Maestro espiritual, en una charla en la sala de yoga. Ella

contempla todo alrededor con desdén e indiferencia. Su tristeza de nuevo la asalta. Nada parece atraerle o asombrarle el alma, aunque sus padres son gloriosos bailarines y fundadores de un grupo progresista de danza contemporánea.

Alguna vez compartieron un par de piezas de rock emblemáticas, en un estado de fugaz bienaventuranza. Recuerda también haberle dado su amor impasible y profundo en canciones soberbias, enseñanzas transformadoras, versos dorados y caricias del alma.

Días y horas escuchándola. Pero en un torbellino de sucesos, ella prefirió sumergirse en un barril sin fondo, y rodar, a toda velocidad, en el auto nuevo, de “sus amigos”, los rufianes jóvenes de familias decentes, vecinos de donde vive ella.

Ellos tocarán su cuerpo, manosearán sus tallos finos, sus pétalos, sus hojas, insultándola, rebajándola y poniéndola como una apuesta sexual, para el postor más vil. A toda velocidad la usan y la abusan en sus autos o en un parque cercano le dan de probar la pócima maldita del sueño artificial –una planta sagrada, pervertida–. Le han dado el brebaje envenenado que toman aquellos chicos y chicas que creyeron, ciegamente, podría salvarlos del abandono y la desesperanza. Su

tristeza crece. Ella prefirió lanzarse al precipicio, en una de aquella tardes gloriosas, anaranjadas, cuando decidió no visitarlo más ni recibir el influjo de sus sabores naturales y colores.

Los chicos de aquella banda improvisada en sus juegos y aventuras, con quienes compartía una nueva y loca libertad y las canciones eternas que él le regalara, regresan a las celdas de su escuela. Los “Océanos Topográficos” del grupo “Yes”, no volarán más sus sesos. Sustituirá la efervescencia subliminal del rock, por unas pastillas huecas.

Muchos años después, él visitará sus huesos cubiertos con una tela de piel mallugada encima y telarañas en su mente, dentro de una cárcel federal, en un barrio polvoso y miserable en los límites de la ciudad.

Fue acusada, injustamente, de haber mordido y asesinado a su bebé recién nacido, en un ajuar de drogas, confusión e ira. Él y ella saben que el padre del bebé se escapó de la justicia e intercambia, con los criminales del barrio drogas, armas, nombres y apellidos.

La que fuera joven inmaculada de cabellos anaranjados como olas agitadas; la que fuera la

quinta esencia de dos piezas soberbias de rock, un sueño y una portada de un disco sublime, le confiesa entonces –tras los barrotes de su mente, de la cárcel y su esencia– “siempre me gustó el lado oscuro. Me aburrías demasiado”.

Este hombre lamentará, a veces, seguir tan apasionadamente, con su vista interna, los destellos del cielo adentro de su pecho y esa luz en el espejo que lo desnuda, cada día, por completo.

Ahora avanza sobre caminos estelares y se aleja de ella, cuando aquel cielo anaranjado desciende, para que los gnomos y elfos del rock canten el título de una de aquellas baladas que reflejaron esa esencia, ahora prisionera en sus resentimientos: No puedo hallar mi camino de regreso a casa, gime la voz del vocalista: No puedo hallar mi camino de regreso a casa.

Irónicamente, verá surgir de su pluma cuando escribe, cuando piensa en ella, la otra pieza de rock que los unió un instante de bienaventuranza compartida: “Mar de la alegría”, del mismo grupo, mientras ella sostiene aquel avión de juguete entre sus pechos divinos de niña adolescente.

Ese es el paisaje que él, ahora, añora y ella olvida.

La arrogancia, la necesidad, la fantasía.

*Los sueños, los ensueños, la alucinación
y su algarabía.*

Tumbas del alma, encarnaciones desgarradas.

Muy a tiempo me dije: no gracias.



El hombre que tiene el sol en la frente. Silenciosamente se desnuda y se contempla, más allá, bajo la superficie de su espejo iluminado.

Por una cordillera de colinas verde esmeralda regresa, a casa de su madre, este espantapájaros vestido de colores y cabellos largos.

Ha abandonado el trabajo en la tienda naturista. Y se instala, vergonzoso; sintiéndose indigno y forastero, sucio y ajeno, a la mesa con ella, su esposo, su hermana y su hermano más pequeños.

Han pasado unas semanas desde que convive, ahora, con su hermano menor y con su hermana, en ese ambiente que los adormece: motocicletas, discotecas y vestuarios de moda. Un reducto artificial estadounidense, al norte de la ciudad azteca. Una vergüenza para sus ancestros: sabios, guerreros, astrónomos y poetas.

Para él, ha muerto prematuramente el rock and roll y él ha regresado, después de haber enterrado a sus compañeros de la psicodelia, en una novela poética inconfesable. Es una canción interminable.

Así viene de aquel bosque encantado con erizos y mariposas en su mente, desde un lugar lejano donde anidaban flores en las cabelleras; y los cuerpos desnudos, brillantes y excelsos, develaban danzas inusitadas.

Seis años parecen sesenta, cantará rasgando su guitarra en una loma impecable de verde pasto, y llorará, infinitamente, el recuerdo de su bendita niña arrebatada.

Pero los días avanzan y poco a poco, su hermano menor, un corazón dadivoso y optimista, intentará amaestrarlo para que viva “una vida decente, común y corriente”.

Días de cielo despejado, lomas verdes y paisajes de su mente, cuando, cada mañana, se desnuda en el jardín para realizar su danza sagrada, estática, contemplativa y trascendente.

Allá en las avenidas y calles estrechas, pasean las muchachitas de cuerpos deleitables delante de su mirada hosca y su trato distante. Saben ellas y sus amigos, y se corre la voz, de que él es un tanto adivino con la astrología y que todas las mañanas se desnuda en el jardín de casa, para realizar unos ejercicios misteriosos y extravagantes.

Saben que se escapa de las fiestas a donde lo han llevado, para mirar el cielo como cuando era un niño que añoraba el infinito.

Vuelve a llorar la ausencia de su niña arrebatada. Extraña su vida de fantasía, en un escenario convertido en santuario del misterio.

Los meses pasan.

Un día escapa a una modesta escuela de iniciación artística, y tocando al piano, magistralmente, una pieza que lo lanza a sensaciones de vidas milenarias, se encuentra con otra de sus infinitas almas gemelas: es él, un genio de mala suerte que dice haberlo conocido en algunas de sus vidas pasadas, cuando era un vaquerito. Ambos ríen.

Ríen de nuevo y trazan una amistad que durará por siempre, en sus corazones encendidos. Es su nuevo amigo favorito, quien juega y se apasiona, lo mismo con las matemáticas, la química y la física, que con el esoterismo, la espiritualidad de oriente, su piano, su violín y su guitarra; que toca magistralmente, o los cantos místicos a un Gurú de nueva promoción que viene de la India.

El amor se expresa en la amistad sagrada.

Paisajes que comparten estos peregrinos del arte, en un paraje de bosque y niebla, cerca de la cabaña con camas separadas y sábanas limpiísimas donde pasarán la noche, dejando sus mentes viajar a los infinitos que producen sus guitarras.

Al atardecer y en la mañana, debajo de un surco verde, bajo los árboles frondosos, con ramas que caen como cascada, los amigos se refugian en los efluvios de sus notas, y cantan la alegría, la pasión o las tonadas tenues de los amores inocentes de aquella época sagrada.

Juntos buscarán respuestas a los dilemas del universo y de su propia existencia. Juntos buscarán los cuerpos de aquellas jóvenes de la realeza, con muy poca suerte y bastante buen humor y sabiduría de consuelo.

Él conocerá, en esa época, a un trovador y peregrino sudamericano, con quien disertará noches enteras, sobre la inmensidad del vacío, el hacer y el no hacer o la Madre de las Cien Mil Cosas. Este trovador ha adoptado la voz ancestral de otro peregrino y vagabundo de los cielos: Lao Tzé, amigo de ambos.

Cuando conocí a Don Ata (Atahualpa Yupanqui)

le dije: Yo, esa canción de “Los ejes de mi carreta”, siempre he sentido que es mía. Que me representa, y el viejo sabio me dijo: Tomála, es tuya.

Este hombre hace un silencio y una pausa, y le revira aquella noche de tertulia filosófica, en un restaurante del centro histórico de México:

Pues yo, con tu canción: “Me gusta andar pero no sigo el camino, pues lo seguro ya no tiene misterio...” me pasa lo mismo.

¡Pues tomála, ché! ¡También es tuya!

Y así discurren, comparten sabores, colores y distancias. Aquel trotamundos sabio, de mente irrefrenable y amores infinitos, le agradecerá su compañía y sus visiones. Y en el teatro, se hará un gigante cuando canta sus verdades.

Lo mismo con “La Negra” Mercedes Sosa, quien al verlo lo abraza y besándole la cara, exclama: ¡Mi jito lindo!, para saltar al escenario a cimbrar, con su amor a la tierra y a los pueblos, el corazón de este hombre ermitaño, recluido ahora en medio de una danza de estímulos superficiales y banales.

Quiere volver a casa y no sabe dónde queda. Quisiera volver a ese ambiente lejano de sus

pensamientos verdaderos. Su padre espiritual, ha viajado lejos.

Este nuevo amigo favorito lo invita a una fiesta: En el jardín de la casa de una familia aristocrática se encuentran y extienden sus miradas, embelesados: ¡Es un espectáculo de luces, deseos y pasiones sensoriales desatadas! Cuerpos, rostros y vestuarios de decenas de jóvenes hembras inocentemente ilusionadas y machos cazadores, con sus lociones costosas en la piel, merodeándolas.

Allá, en un espacio iluminado: dos hermanas de su reciente amigo favorito, moradoras en el paraíso, reinas de sensibilidad y bellezas prodigiosas, lo lastiman con su indiferencia. Otra más permanece, sin que él la haya notado, sentada sola y en silencio, contemplando un banquete del que no puede ser parte completamente.

De pronto lo mira entrar con su hermano, y cuando éste se ha alejado para cazar un licor o una dama, este hombre, aún joven, le pide que baile con él una pieza.

No cree ser tan bella como sus hermanas. Su rostro tiene una textura abrupta, por la química del cuerpo. Pero sonrío con el cielo abierto y es amable y cariñosa. Se toman de las manos cui-

dadosamente, aunque él sea el bailarín del desatino. Sus cuerpos juegan con el ritmo del sonido: agitado, melodioso, rítmico. ¡Es la música comercial que él detesta! Pero cuando cambia a otra, de ritmo pausado, se acercan, tímidamente, poco a poco. En un momento los pechos de ella le quemán el suyo. Es dulce y es perfecto pero él se aterra.

Es un joven, inexperto y torpe, en llamas, que sin querer arrebatar, torpemente se esconde; o bien huye cuando el cielo se le entrega en un regalo que delira y embelesa.

Todo alrededor: belleza y lujo, juventud e instinto, deseo insaciable y fantasía.

Para él, su amor verdadero es un secreto herido. Se guarda para ella siempre, aquella niña de su infancia. Se cuida por ella, se protege y no toca a nadie ni le ama. Aún su corazón, eternamente la espera.

Por eso ahora deja y abandona esta sensación perfecta con esta hermana de su amigo favorito. Por eso ahora la despide, sobre una barca con velas que la llevarán muy lejos.

Su refugio será escribir aquella primera novela acuariana, que acabará teniendo cuatro títulos:

dos internos, dos externos y uno genérico, en la efervescencia de sus lecturas la poesía filosófica de Platón y Sócrates en sus *Diálogos*.

¿Ella se sentirá confundida y lastimada? Él no lo sabe. No le importa nada. Su sueño de amor primero, vive devorándole experiencias sagradas.

Me sentía aplastado por mi pequeña estatura.

*Por mi alma diminuta entrampada
en esos miedos y prejuicios.*

*¿De dónde viene todo esto?,
pregunté jamás en ese tiempo.*



Mirándose al espejo el hombre se desnuda. Enciende la luz de su interior, e impávido, contempla.

Su madre ha recuperado un astro que le había sido arrebatado: le nace una estrella de amor, en la misma estación otoñal en la que perdió, años atrás, a su pequeña, primera hija.

Este hombre, sus hermanos y su hermana la adoran y se reconfortan en sus vivaces ojos negros, en su sonrisa espontánea. Su madre y su padre le brindan tanto amor como la luz del sol sobre aquellas lomas verdes: puras e inmaculadas. Se alimenta de lo mejor que le ofrecen; juega, ríe, pasea, viste, salta. El médico está atento a su desarrollo, las maestras no la pierden de vista y guían sus pasos. Todo el amor y los cuidados son para ella.

Muy pronto, este hombre le hará descubrir colores insospechados: el tono de las plantas, el color del cielo, las lagartijas echadas al sol y los insectos debajo de las piedras.

Hablan el mismo lenguaje: el arte de la vida misma en cada instante. Niña y corazón de niño.

Una tarde la saca a bailar debajo de la lluvia y a pisar los charcos que se han formado en la vereda. Su madre, cuando salen a pasear, aclara: Hijo, cuida a tu her..., mejor dicho: ¡hijita, cuida a tu hermano!, y ríen con voces que se elevan como globos.

Otra tarde, la aventura será más osada: este hombre ha escuchado los murmullos del pueblo y se dirige, con su hermanita de la mano, hacia la barda que separa la tristeza y el oprobio de los pobres, de los privilegios de donde él vive ahora al abrigo de su madre.

Detrás de la barda están las barrancas, y en su fondo, unas cuevas inmensas abriendo sus bocazas inquietantes.

Él atisba hacia abajo desde la barda que separa esos dos mundos. Ya ha bajado y explorado antes la entrada de la cueva mayor. Ya ha pisado ese suelo terroso y sus alrededores, escuchando el seseo del viento, la fiesta y el ruidero cotidiano de los pobres. También el aleteo de los murciélagos que penden del techo de la cueva.

Ahora salta la barda y lo mira todo, husmeando, como lobo en cacería. Ha soltado de la mano a su

hermanita, diciéndole que espere, sin moverse de allí donde la ha dejado. Por fin vuelve y la toma de la mano, jalándola suavemente, para saltar con él, del otro lado del espejo. Entonces viene a su memoria lo que le han contado los murmullos del pueblo:

En estas cuevas se reúne una pandilla de muchachas, que traen navajas de afeitar colgando, adheridas a sus chamarras negras. Se dicen Las castras.

¿Por qué se hacen llamar así?, se pregunta este hombre. La respuesta enfría su sangre.

Una de las chicas, amiga de su hermano, vive en una casucha en lo alto de una loma. No es de las niñas privilegiadas del barrio, ella es muy pobre, pero su destino la ha llevado a juntarse con su hermano y sus amigas. Es ella quien le ha contado:

Se dicen así, porque lo que hacen es atrapar a los violadores de mujeres...; y este hombre, en su cuaderno de notas, devela poesía de la tragedia: para cortarles sus malditas reliquias envilecidas, que cuelgan de sus bajos vientres.

Al correr el relato de su amiga, su mente dice, silenciosa: ¿Por qué irrumpen, violentamente,

rasgando el sagrado túnel que tiene ellas? ¿Por qué, ¡malditos!, arrebatan, lo que se les puede dar si verdaderamente amaran?. Su amiga sigue: Así los dejan ir, castrados..., y él sigue escribiendo su relato: para que la eternidad les recuerde su vileza y su infame condición inhumana.

¿Ellas quiénes son? ¿Cuáles son sus nombres y señales?, pregunta al viento. Nadie, de este lado florido de la barda, sabe. Pero este hombre sí sabe que el amor les fue arrancado.

El amor que les dio el primer respiro les fue pisoteado y corrompido, muchas veces en su misma casa, en su mismo barrio, por un familiar o conocido cercano. Niñas rotas, corazones mutilados, rabia sin freno con sed de alivio. Venganza abierta y justicia por sus manos sangrantes.

Este hombre se coloca en cuclillas y abraza a su hermanita, protegiéndola de lo que recuerda le dijeron. Respira hondo mirando al cielo. ¡Su espejo es perfecto!

Mira, le dice a su hermanita, este es otro mundo. Más allá, ¿ves los colores de las lomas y la belleza en lo alto? Acá abajo viven otras familias, otras niñas, niños, abuelos y mujeres que no tienen lo que nosotros tenemos. Su hermanita le pregunta

¿por qué?, y él contesta: porque hay unos que arrebatan más de lo que necesitan, a quienes les falta lo más simple y necesario.

Cuando del cielo se disparan los rayos del atardecer en colores fríos, él le indica: Vamos, tenemos que regresar a casa, ya se está haciendo un poco tarde.

Al alejarse de aquel sitio, este hombre siente que una barda se alza a sus espaldas: de este lado: flores de todos colores, del otro, hacia las cuevas y barrancas: sólo flores marchitas, entre espinas y abejorros amenazantes.

Nunca vio ni conoció a ninguna de esas chicas, pero su corazón, en el fondo, se alegró de su valor y determinación, en un país donde la justicia y los feminicidios son una peste maldita. Esas flores marchitas no nacieron ni crecieron, regadas con el agua pura del amor y la tierra fértil de los cuidados que colman a su hermanita.

Ahora regresan tomados de la mano, tarareando un ritmo que se olvida de la tragedia humana.

La pequeña se lanza, corriendo por la vereda que los lleva de regreso a casa, y entre risas y un torrente irrefrenable de palabras que salpica, cuenta a su madre los paisajes que ha visto al lado de

su hermano. Nada dice de las cuevas ni de las flores marchitas. Su hermano no le ha contado nada de eso. Sólo luces de colores y viento con aromas deliciosos.

¿Acaso el amor arrebatado sabe a cielo?

¿Acaso la venganza es un remedio?

Bien dijo el sabio Maestro de Danzas:

“La justicia humana

es un espejismo maldito”.

Desnudo ante su espejo, este hombre enciende la luz para reconocerse.

Todas las mañanas, en el jardín trasero de casa de su madre, se desnuda y desenvuelve sus posturas hieráticas en respiraciones pausadas, sobre un tapete y una sábana blanca. Luego invoca a la Divinidad y le agradece todo lo que es, todo lo que tiene y lo que no tiene.

Chicas y chicos rodean a su hermano y su hermana menores fuera de casa, encendiendo y apagando sus cigarrillos, haciendo rugir sus motocicletas y estallando carcajadas en el aire. La mayoría de ellas: flores perfectas de belleza inusitada. ¿Por qué no puedo alcanzarlas?, se martiriza al verlas. ¿Por qué no puedo amarlas, tocarlas? Sucio, loco, torpe se siente cada vez que se le acercan.

Este hombre habla poco, y cuando habla, lo que dice cautiva o escandaliza a estas chicas y chicos de discoteque, alcohol, tabaco y motos. Uno de ellos lo busca insistentemente. Le pregunta acerca de la vida, las muchachas, el amor y el rumbo de la noche. Lo sigue, le llama y le entrega su amis-

tad genuina: perla reluciente del amor sincero. Algunas tardes, cuando este hombre siendo joven sale de su encierro de letras y silencios, visitarán a otros amigos y amigas de su hermano y su hermana.

Una mañana especial, su nuevo amigo le presentará a un ave de cuerpo armónico que encanta: senos radiantes bajo sus blusas, cabellos rojizos y rostro infantil, con pequeñas manchas que resaltan su hermosura.

Este hombre cae tocado por su belleza.

La madre de este ángel tiene un jardín de niños. Su amigo también se la presenta y ella lo contrata de inmediato, para darles clases de yoga a las niñas y los niños, en los jardines amplios.

La señora le ha confesado a su amigo, que no se lleva bien con su marido. Él es un hombre afable y responsable pero no la satisface. La señora: un volcán que arde.

No se atreve a liberar su lava ardiente de sentimientos, cosquilleo y calores insoportables, en algunas hondonadas de su cuerpo moreno, maduro y joven. Su vida: una tragedia cotidiana.

Eso le ha confesado ella misma a su amigo.

Pero cuando conoce a este hombre tan joven, de estirpe de flores en el pelo y rock en las venas, queda cautivada por su vibrante esencia.

Él quiere regalarles, a las niñas y los niños, durante el recreo, canciones de Cat Stevens, en vez de los esperpentos infantiles que promueven las televisoras comerciales del momento, y asomarse a los mundos de insólitos colores y sabores del arte verdadero. La señora amable se encanta con su cuerpo yogui y su modo extraño y misterioso.

Una tarde lo invita a comer a casa, en el mismo terreno de la escuela. Y bajo ese cielo de intimidad y nubes que dibujan sentimientos de nostalgia eterna, le confiesa su desgracia insatisfecha, y le cuenta cómo fue su decepcionante noche de bodas:

Una musa vestida de blanco, un lecho divino, perfumado, su pecho palpitando, se desnudan y él... todo se rompe en mil pedazos.

Ella ha quedado herida e insatisfecha por años. ¿Se ha roto el mundo de cristal con el que soñó al casarse? Y este hombre, ¿por qué no puede acceder al mundo de cristal donde vive y reina su encantadora hija?

Él se aleja de la señora. No le gustan esos túneles y pendientes que le describe. Incluso teme a tan devastador aliento y furia sexual soterrada que transpira. En cambio sueña con su hija y deshilvana poemas y canciones para ella, que nunca le entrega.

Esta imagen armónica viviente, salida de alguna pintura célebre renacentista, pasa de lado y ni lo siente. Lo mira alguna vez y le sonríe, inocente, para seguir su camino sobre un sendero de margaritas. Él queda hechizado con solo su mirada y la sigue con el palpitar de sus anhelos; la idolatra, le habla en silencio o rasgando su guitarra, desde aquella loma de hierba verde, en lo alto de los caseríos donde vive. Ella nunca se entera.

Con su poesía escrita en hojas de colores, letras garigoleadas y dibujos, la llama desde el otro puerto donde él aún habita, plagado de luces psicodélicas, bellezas místicas y secretos del extremo oriente.

La jovencita le sonríe llanamente. Como al jardinero, al hombre que recoge la basura o a la señora que lava los manteles de la escuela.

Habla con él pero no se entrega a nada. Tiene

una vida simple, común, normal y ordenada: va a la escuela, hace su tarea y coquetea con un chico que vive en su mismo mundo: simple, común y ordenado. Un chico sin flores, en su cabello ensortijado ni alhelies con helechos colgando.

Por fin, un día él le confiesa lo que siente, y ella no responde con el mismo aliento. Incluso se incomoda.

Este hombre sale herido, trepa a la motocicleta de su hermano y se lanza, sangrante por dentro y desahuciado, a la calle principal de la escuelita donde trabaja.

Un camión de materiales para la construcción viene de frente y este hombre está decidido a terminar contra él, en un trágico desenlace.

Acelera. Del camión salen sonidos de advertencia, de peligro inminente, pero él no gira, ni se inmuta. Está dolido, enfurecido con la vida por sentirse, nuevamente y siempre: feo, sucio, tonto y torpe.

Acelera más hondo.

Pero al encontrarse muy cerca del camión, algo en sí, un destello ajeno, una señal desconocida lo arranca de ese pozo sin fondo.

Desvía el volante y rechinan sus llantas, para retomar el rumbo hacia los verdes montes. Su cuerpo se aleja temblando. Respira agitado.

¿De dónde me viene todo eso?, se pregunta rasgando su guitarra, en aquella loma de hierba limpiísima y perfecta. ¿Por qué nunca, una belleza sensible, una chica decente y noble me hace caso?, se reprocha. Al rasgar sus cuerdas y liberar su aliento, contempla la loma verde esmeralda, para de nuevo, en otros ritmos y cadencias, llorarle a ella: su niña arrebatada.

Seis años parecen sesenta, canta de nuevo.

Cierra sus ojos un instante, los abre de nuevo y se mira a sí mismo con los ojos del alma. Luego mira al cielo y su horizonte perdido, sintiéndose en un mundo de cristal que no es el suyo: frágil, prisionero y transparente, suspendido en el viento del ocaso.

En una casa de cristal: un elefante.

Es tu mente.

¿Lo entrenas o lo mantienes salvaje

sufriendo las consecuencias?

31 LA INSOPORTABLE BANALIDAD EN UN AUTOCINEMA

El hombre se desnuda frente a su espejo, y enciende la luz que lo embelesa. Ahora él tiene prestada una motocicleta para montar en ella. Tiene un amigo que se le acerca: un chico guapo para todas las muchachas, acompañado de su fiel escudero: un monito-marihuano de risotadas espectaculares, feo y vulgar para las muchachas.

Su amigo enciende el auto de papá y los tres se lanzan por las avenidas a velocidades de vida o muerte, en ese reducto artificial estadounidense. Ellos fuman marihuana, él contempla su esencia atribulada.

Una noche lo recogen, rugiendo el auto afuera de su casa, y lo urge a subirse para adentrarse en lo perfectos laberintos, de casas hermosas con jardines y ventanas altas. Es un reducto de los tantos que brotan en esa zona norte: avanza la peste estadounidense enajenando las almas.

Por fin llegan a una casa de tantas, en uno de esos barrios nuevos: impecables limpios, ordenados, con sus tragedias escondidas debajo de las nubes de paso.

Sigilosamente salen tres criaturas como si hubiesen robado su misma casa. Él no se da cuenta de nada, ellas de pronto se acercan al auto. Su amigo las espera, como le han indicado, unas calles un poco lejos de casa. Han escapado, cerrando su dormitorio por dentro y saltando por la ventana.

Según las revistas de moda que leen ellas, la más fea es para el escudero, la chica más delgada se sienta al lado de su amigo que maneja y la de dulce rostro y hermosa figura de cera, se coloca al lado de este hombre: ¡un regalo del cielo!

Su amigo acelera. Esquiva, gira el volante, sube por pendientes y baja presumiendo su destreza y sus lentes negros de marca. Por fin llegan al lugar deseado: un auto cinema en un terreno sideral, prohibido para ellas.

Todos se acomodan con su acompañante. Su amigo abraza a su pareja.

Las escenas de la película alteran a este hombre: en una película típica del imperio del norte, una pareja pelea por cualquier cosa. Ningún arte, ninguna sabiduría en esos bodrios insustanciales del norte.

Entonces la encara a ella, a ese dulce rostro, a esa figura deleitable cuyos senos quisiera tomar entre sus manos como reliquias bien amadas y besar sus cerezas tiernas en el montículo más alto de ellas. En lugar de dejar florecer su deseo profundo, suelta, vomita y escupe una bagatela de juicios, acusaciones y significados confusos para enredarlo todo y destruir la noche.

Se siente incómodo con esa maldita banalidad estadounidense.

Este hombre siendo joven, se niega a tomar lo más bello, lo mejor y más simple que le da la vida a manos llenas. Ella no sabe qué decir. Sonríe como si fuera todo una broma. Estaba dispuesta a darle todo. Él, dispuesto a destruirlo por ese miedo ancestral desconocido e infinito.

Tiene cerca lo más hermoso y puro, lo roza, lo escupe y se larga lejos.

Sus amigos se embelesan acariciando senos, brazos, manos y torsos, entre besos y murmullos. Él tiene tanto miedo. Ella no dice nada. Sencilla, simple, se recuesta del lado opuesto, aburrida, mirando de reojo la película.

¿Qué tanto dolor hay adentro? ¿Qué tanta confusión alberga su mente demente?

Sin humor ni humildad

las más sagradas enseñanzas

son veneno mortal en mi lengua pretenciosa.

Es el mediodía y este hombre se desnuda. Enciende la luz en su interior y se coloca frente a su espejo, de nuevo.

Cada mañana, su padre espiritual levanta su mano derecha sobre la cabeza de su hijo adoptado como discípulo, invocando a los poderes de lo alto. La coloca, imperceptiblemente sobre su cabeza, besa su frente y lo bendice: En el nombre del Mesías, yo te bendigo, hijo...

Cada mañana, después de esta ceremonia sagrada, sus enseñanzas lo resucitan a una posible vida eterna.

En una de sus confesiones y pláticas, este hombre le propone a su Maestro: hacer de nuestra propia vida una obra de arte. Su Maestro y padre espiritual asiente y está de acuerdo. Un arte síntesis que posibilita *el retorno a la mística*, reflexiona este joven, parafraseando al Maestro de su Maestro. Con otro amigo, gemelos astrológicos de su Maestro, abrirán el Centro de estudios de arte, que su padre espiritual inaugurará en otro instituto de yoga.

El Centro nunca se pondrá en movimiento,

por la dispersión de los dos amigos. De nada les sirve ser gemelos astrológicos de su Maestro.

Es un joven impetuoso cuando la conoce en el salón donde estudian astrología.

Rostro angelical, mirada que seduce de inmediato, dejando escapar una sonrisa leve.

Él se imagina con ella, en escenas múltiples de historias románticas. ¡Ni siquiera se da cuenta de la voluptuosidad de su figura verdadera!: senos prominentes, duraznos debajo de la espalda; grandes, redondeados y cintura esculpida con delicadeza.

¿Ahora qué quiere, qué desea? Sólo enamorarse, estar embriagado; picado por ese veneno que provoca sueños arrebatados y olvidar el amor verdadero arrancado, arrebatado. A los pocos días de conocerse, él la invita a casa de su madre. ¿Por qué hace eso? Ni él mismo lo sabe.

Ella aparece, esa tarde, en tacones altos rojos, minifalda del mismo color, entallada, y un escote que grita y llama las miradas. Ahora parece una zte. ¿Qué es esto?, se pregunta él en silencio, recibiendo un golpe de vulgaridad inesperada.

La recibe y pronto la olvida, después de la ce-

remonia de saludarse, comer juntos inevitablemente y una charla breve, seguramente.

Ella insistirá, y al no ceder él, dirá por todos lados, que él es *un mariquita* por no haber querido refregar su cuerpo desnudo con el de ella, dentro de una tienda de campaña, durante un campamento en el Santo Ashram.

El Tao florece y sin decir nada, dice todo.

No pondera el lujo ni rebaja lo vulgar.

*Ahora no pretendo sino vaciarme
de los opuestos.*



33 JEREMÍAS

La luz en el espejo está encendida. El hombre se desnuda frente a su destello.

Son jóvenes y asisten al mismo colegio trasnochado, para chicos y chicas que no estudiaron antes. Ella es una figura de luz legendaria proveniente, seguramente, de las tradiciones nórdicas o arias del culto a la belleza.

Cabello largo perfecto y dorado. Deseos innumerables, tacto cálido que provoca sueños indecibles. Tacto dulce y tierno.

Su imagen, su presencia: un retablo perfecto de virgen renacentista.

¿Cómo iba él a adivinar sus sueños y deseos ocultos? ¿Dónde vive ella? ¿Dónde se recuesta? ¿Lo hace con una bata blanca que levanta el viento de la aurora, trasluciendo sus divinos senos prodigiosos? o ¿Duerme desnuda soñando con sus besos?.

Él nunca se atrevió a decirle lo que en su corazón crecía. Llegaba él, en una moto destartalada; y destartalada siguió su psique por no atreverse a visitar con ella, esos paisajes violetas de las lomas

que los rodeaban. En los atardeceres magistrales que bendijeron esa parte de sus vidas inmaculadas, todo fue soñar con ella y desearla.

Jamás tuvo la sabiduría, ni el tacto, ni la astucia de llevarla consigo a sus paisajes venerados. Jamás olvidó su nombre que se inventó ella para él, tal vez jugando: Jeremías.

Lamento no haberte dado todo.

Sinceramente.

*Hoy que no tengo nada,
lamento no haberte dado todo
y celebro habernos conocido
una tarde excelsa,
en una temporada magnánima.*



34 OTRA DIOSA DE LA ARISTOCRACIA

Este hombre, bañándose en la luz que proviene de su espejo, expone su desnudez para saberse.

Es muy joven y deambula por su vida sin ruta definida.

Conoce alguna vez en algún sitio, a una diosa burguesa del Renacimiento citadino. Habita ella en un castillo imaginario, de aquella lustrosa perfección y orden estadounidense. De inmediato él siente que ella es inalcanzable.

Siente siempre, permanentemente, ser un engendro incorrecto.

Aunque por el teléfono sus voces tejen colores cálidos, al colgar la bocina, él vuelve a sentirse deforme.

Ella le ha revelado la música que prefiere. Él corre entonces a comprar con sus ahorros, ese acetato mágico, y con el título de cada una de sus canciones, le escribe un poema secreto que dejará en la puerta de su casa, para nunca, jamás, volver a atreverse a acercársele. Nunca más saber de ella.

En el sol perfecto de mediodía está el hombre, desnudo, sentado frente a ese espejo con esta luz, iluminando.

Sus días de primera adolescencia son un regalo.

Una muchacha de perfecto ímpetu lo engancha a su mirada, allí, en el instituto de yoga, haciéndole olvidar, solo un poco, ese arsénico en la herida de la niña siempre amada, arrebatada.

Se hacen novios radiantes, amantes iniciales que lo estudian todo antes de abrir sus secretos al tacto, al gusto, a las posturas que los hamacan y los besos que los encienden en el camino de una sexualidad sagrada. Él hace una nueva pausa en su voto de austeridad de los sentidos y el erotismo irrefrenable de su juventud temprana.

Ella es festival de dicha y erotismo. Ella es juego, cuidados, delicia. Entrega memorable.

Juntos danzan la milenaria y excepcional danza del yoga cada mañana, cuando era verdad, profundidad, significado y trascendencia y no negocio ni arrogancia de los cuerpos y sus acrobacias. Y cada tarde disfrutaban, también, el placer supremo y

El sabio sigue la luz de su consciencia.

No se separa de ella.

*Si por valles, pantanos, junglas y ciudades
no le importa: él, sereno,
sigue la luz de su consciencia.*

la experiencia verdadera, de la meditación frente a una vela sobre el altar de la nueva era.

Por fin una mañana, sus cuerpos, después de la preparación de días y semanas, de libros de anatomía, sexualidad, preservativos y charlas infinitas, unen luz con luz en sus miradas.

Este hombre la conduce al chorro brillante de chispas acuáticas, debajo de la regadera en casa de la noble abuela. Allí, como antes a él, una sacerdotisa venerada, talla su espalda, sus brazos, su vientre y su pecho inmaculados, con cuidado, adoración e idolatría. Ella frota los cabellos de él y coge sus brazos musculosos para lavarlos. Así los dos, duendes y misterio de amor inusitado, se purifican los cuerpos para purificar, después, sus almas, con una Oración Universal, antes de entregarse a la suprema dicha, del primer momento del amor sexual y la unión de sus almas extasiadas.

Ella le entrega sus senos turgentes. Él la desnuda y se desnuda, lentamente. Recuesta su abdomen y su pecho victorioso y de músculos perfectos sobre ella.

Nombrar sus nombres con los labios ardientes, cantar elogios desde el vientre y prodigar perlas

de miel en sus bocas sedientas, es el canto siguiente. Ella abre las puertas que penden de su pelvis y así permite que él deslice, dulce, gloriosamente, aquel fruto, aquel anfibio erecto, ese instrumento de música viscosa y sudorosa, excelsa. Con ello, en la piel de ambos, en los rincones venerados de cada caricia, jadeo, murmullo y canto, el gozo de la vida estalla en mil colores y sabores. Sus corazones unidos más que antes.

Ella es una llama ardiente que no se apaga.

Así será una y otras veces: lenguas acariciando sus cuellos, abrazos de piernas entrelazándose, cantos guturales y entradas y salidas triunfales hasta el estallido múltiple de soles y paisajes.

Él sigue siendo un muchacho atormentado con el infinito.

Se detiene, inhala y baja, apresurado, del transporte urbano, para dejar salir lo que escribe, sentado en el piso, a media calle, urgentemente los poemas que le revelan su propia esencia. Y en medio de esa feria y sus paisajes, lanzará una lastimosa maldición, negándose, de nuevo, toda dicha entera.

Se niega toda entrega final con el pretexto del espíritu original y mamposterías. El recuerdo in-

cesante de su amada niña arrebatada y el haber oído que su novia, con la que construyó, estudió, se preparó y se entregó completo, ya lo engañaba con un vecino de la niebla, empañan sus encuentros.

Así que él le cortará las alas. La abandonará un día de primavera. Verde y flores todo alrededor. Llanto en las mejillas de ella.

Él recuerda hoy aquel suicidio innecesario. Sus ideas voraces, los miedos e inseguridades de su pequeña voluntad.

Contemplo mi jardín lleno de flores.

Agradezco hoy lo que me dejaste:

besos sembrados en la piel y sus colores.

ÍNDICE

1. Ninfas nórdicas	8
2. El primer amor	13
3. Los demonios y las caricias del alma	18
4. “Cachito, cachito, cachito mío”	27
5. Debajo de un vestido blanco con flores diminutas	30
6. Todas esas niñas	34
7. El túnel de luz en el arroyo encantado	41
8. El sabor de una traición	46
9. Otras niñas y un dibujo	51
10. Juancho y la oscuridad	57
11. La beatífica radiancia de sus senos	65
12. Un destello fugaz	72
13. Ranitas verdes y alacranes	79
14. El primer sueño de amor, arrebatado.(¡Ella es amor!) Primera parte	87

15. Aristeia y los tres gatos	97	31. La insoportable banalidad en un autocinema	194
16. El hecho más significativo	107	32. La inocencia de lo vulgar	198
17. El amanecer del teatro sagrado y un engañoso viaje al inframundo	112	33. Jeremías	203
18. Con flores en el pelo	120	34. Otra diosa de la aristocracia	207
19. Ella se fue de casa	125	35. Traición segunda y abandono	209
20. La trampa	134		
21. La sacerdotisa del primer ritual	139		
22. Luz en el retiro	145		
23. Un beso prohibido	149		
24. La danza rota	151		
25. Amor de barrio	154		
26. Triste belleza solitaria	161		
27. Hija de la velocidad y la tragedia	164		
28. Paraíso inaccesible	172		
29. Las castras	182		
30. En un mundo de cristal	188		



SOBRE EL AUTOR

Sun Benjamín es un monje urbano contemporáneo. Su monasterio es el universo entero, sus hermanos y hermanas monjes y monjas: todas las criaturas del mismo.

Es hijo espiritual del Maha Gurú José Manuel Estrada. Maestro de combate y meditación zen; cinta negra alumno del Gran Maestro Cabeza de Diamante: Ricardo Arvizu Zamora, de la tradición tibetana del zen de la Escuela Vajrayana. Maestro de yoga Sivananda y en el linaje del Yoguismo. Educador de calle, actor y artista de su propia vida, y maestro de actuación. Capacitador comunitario y en Derechos Humanos.

Mi abuelo dibujó sus cuerpos, yo escribí sobre su piel y sus almas. La poesía de la línea y el color, la poesía escrita, la Flor y el Canto social y revolucionario nos unieron en la eternidad.

SOBRE EL ILUSTRADOR



Enrique Ochoa Marquina, abuelo del autor, fue ingeniero agrónomo, jefe del Departamento Agrario en México. A los 12 años de edad conoció al general Emiliano Zapata, quien solía esconderse de *los pelones* (el Ejército Mexicano), en la modesta hacienda de su padre Don Jesús Ochoa y su madre María de la Luz, en las afueras de Cuernavaca. Con dotes de dibujante y pintor, estudió con los grandes maestros del muralismo mexicano: Rivera, Siqueiros, Orozco y otros, en la

Esmeralda y en San Carlos. Fue explorador de los hallazgos mayas en la zona de Chichén y Uxmal y escribió un libro: *El Mayab y los mayas* y un poemario: *Brumas en mi noche*. Masón grado 33, fundador de la Logia Tierra y Libertad, se ocupó de repartir las tierras a los campesinos despojados, hasta que fue envenenado por haber descubierto actos de corrupción del entonces gobernador del estado de Jalisco.



AUTOR DE LA PORTADA

Jerónimo Uribe Clarín. Un vistazo a su obra plástica, artística y humana, puede ser vista en su página web www.jeronimoarte.com.

UN TRUHÁN COMO YO

Nací en la calle de Los Ángeles en la ciudad de Guadalajara, viví en la calle Justicia de la colonia La Esperanza.

Los pasos de mi niñez y mi adolescencia tuvieron por eje la calzada Independencia y la avenida Revolución, mientras orbitaba y respiraba el barrio del mercado Libertad.

¡Vaya...! Si lo piensas, son muchas virtudes para un truhan como yo.



SOBRE EL RETRATO DEL AUTOR

Realizado por Inti Cristóbal Santamaría Bolaños (Ciudad de México, 1976), bisnieto del abuelo Enrique Ochoa Marquina, Texto tomado de su blog: <http://www.intisantamaria.com/>

Artista visual por la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Tiene más de diez años como docente de dibujo y pintura. Ha participado en más de 30 muestras colectivas en México y el extranjero, en foros como la Galería de Arte Universal en Santiago de Cuba, el MuAC y la Academia de San Carlos. Recientemente diversifica su labor artística dentro de la pintura y el dibujo tradicionales, el dibujo digital y el arte-acción.

